**El nuevo Génesis**

**G. J. DÍAZ**

**Texto © 2010 G. J. Díaz**

**Todos los derechos reservados**

*¿Cómo te dejarías un mensaje imperecedero, si estuvieses convencido de que viviste en vidas anteriores, y estás tan enamorado que no quisieras perder ni una sola de tus futuras vidas, sin estar con la persona a la que amas?*

***Si estás leyendo esto dentro de cien o mil años, y te trae recuerdos que llevas en tu interior, entonces…***

 ***“ESTE LIBRO ES EL MENSAJE QUE TENGO PARA TI”***

***Dedicado a la mujer de todas mis vidas y a mis hijos por todo el amor, paciencia y apoyo que me han brindado mientras escribía este mensaje.***

G. J. Díaz

# CAPITULO I

## Al Encuentro de un sueño anhelado

### Planeta: Pianay - Zona: Mirreno

#### Año 21.234 de la Nueva Era (N.E)

Excavaciones Acunea, a 13.300 metros bajo el mar de Sautano, en el gran océano que cubre prácticamente el noventa por ciento de Pianay.

Un hombre llamado Uca encuentra por fin lo que llevaba años buscando.

Se trata de una pequeña esfera del tamaño de un puño cerrado, confeccionada con nanotecnología y en la que se han usado meta−materiales, compuestos por infinidad de micro cristales de diversos materiales de alta resistencia y fusionados con tecnología láser que le confieren una resistencia por encima de los 7.600 Mpa a 2.300 grados centígrados. Esta técnica desconocida para el mundo de Uca, permite además, elaborar estructuras compuestas por billones de nano−robots con tamaño mucho menor que un micrón y que forman un material altamente resistente y con inteligencia integrada. La estructura en sí, está capacitada para adoptar la forma primitiva para la que fue creada, si se le ofrecen las condiciones requeridas para ello, claro está. Pero mientras tanto, en el caso de esta esfera, su posición de reposo es eso mismo, una esfera perfecta y casi invisible gracias a que su índice de refracción es negativo o sea n < 0 aunque el índice de refracción de las nano−partículas que la constituyen sea positivo.

Sólo Uca podía haber encontrado esta esfera y sólo Uca podía devolverla al estado diseñado por su constructor, descifrando así su contenido, porque las verdades son reveladas en sueños y los sueños se hacen realidad para quien los persigue, y él, Uca, “creyó, buscó y encontró hoy los suyos.

## El comienzo de esta historia

### Planeta: Pianay - Zona: Donw−Fató, Mar Anea

#### Año 21.196 de la (N.E) Treinta y ocho años antes

Todo había comenzado mucho antes, en realidad hoy hacía exactamente treinta y ocho años que todo esto empezó a tomar forma. Uca, cumplía entonces su décimo cumpleaños y ya se encontraba ante la tesitura de elegir la rama de los estudios superiores que debía cursar para su futuro. Su coeficiente intelectual andaba ya en torno a los 2.000 teis que era todo un lujo, ya que la media estaba entre 1.000 y 1.100 teis.

Vivía por aquel entonces en Donw−Fató, una ciudad situada en el mar de Anea a unos veinticinco metros bajo la superficie del gran océano.

Pianay es un planeta cubierto casi totalmente por agua. Las ciudades se sitúan normalmente entre los veinticinco y los cincuenta metros de profundidad dentro de sus propias aguas. Esta profundidad depende de la latitud y longitud donde se encuentre situada la ciudad, de esta manera aprovechan al máximo la luz de Natrón, “la estrella más cercana”, sin ser dañadas por sus rayos mortales. En realidad la profundidad a la que se encuentran dichas ciudades es variable en siete metros positivos o negativos dependiendo de la estación del año, de tal manera que el aprovechamiento sea el máximo posible. Esta variación es posible gracias a la gestión de Savant, el ordenador que controla todos los parámetros vitales para nuestra población.

En Pianay hay un total de 12 mares y todos ellos tienen exactamente la misma forma y dimensiones, cortando al planeta longitudinalmente en 12 gajos. Cada uno de los mares tiene 12 ciudades y en cada ciudad viven ciento cuarenta y cuatro mil personas. Eso arroja un total de diez millones trescientas sesenta y ocho mil mujeres y otro tanto de hombres. Se ha calculado perfectamente que ese es el número exacto necesario para cumplir el ciclo de vida de Pianay, y el control demográfico, sin ser agobiante, sí que se lleva estrictamente a cabo. Detrás de cada muerte hay un nacimiento y se celebran ambos a la vez, de manera que la tristeza de una pérdida es cubierta por la alegría de un nacimiento.

Aquella noche, Uca dormía plácidamente con su ventana superior abierta al cristalino mar de Anea; el satélite nocturno Pinó estaba en lo alto del cielo con un brillo intenso, tan sólo modulado y balanceado por las aguas calmas de aquella bonita noche. Uca se había acostado contento porque creía haber elegido bien su carrera futura, había decidido ser preceptor, algo que le había sobrecogido desde pequeño y que le llamaba mucho la atención por lo que conllevaba ese cargo en esta civilización. Para esta carrera, pocos eran los admitidos y muy pocos los finalmente elegidos, pero él lo iba a intentar. Cada ciudad debía tener y tenía doce preceptores con lo que cada uno de ellos tenía a su cargo doce mil personas. El cargo sólo se podía ostentar durante veinte años, desde la edad de treinta hasta la edad de cincuenta años, edades éstas en que el hombre es capaz de soportar dicha carga sin deteriorarse espiritualmente.

Sus primeros pensamientos de aquella noche le fueron llevando desde el agobio de la responsabilidad de la carrera que había elegido, hasta la desesperación del largo periodo de preparación necesario para conseguirlo; acababa de cumplir diez años y debía tener treinta años para terminar sus estudios, o sea 20 años de duro trabajo; luego, se reconfortó pensando que la expectativa de vida de Pianay que estaba en torno a ciento treinta años, era bastante halagüeña ya que terminado su cargo y cumplido con la sociedad, todavía le quedarían bastantes años para viajar por los fondos submarinos siempre con rincones por conocer, que era su verdadera ilusión.

Sumido ya en su dulce sueño y viajando como un comandante en su nave submarina por recónditos paisajes escondidos de la vista de las ciudades de Pianay, vio claramente una esfera enterrada en el suelo cuando el medidor de profundidad marina de su pequeño Aquatrans marcaba ya casi los trece mil quinientos metros de profundidad. No parecía posible ver una esfera transparente incrustada en las rocas del fondo marino, sin embargo allí estaba, clara como una pompa de jabón que sube del agua jabonosa en un yacusi; trató de parar su Trans, pero en ese momento, despertó sobresaltado de su sueño.

En un principio, no le dio mucha importancia a esos primeros sueños; sin embargo se fue haciendo tan repetitivo que empezó a intrigarle. Unas veces llegaba algo más lejos empezando a excavar para extraer aquella esfera, otras ni siquiera encontraba el sitio, otras daba la localización exacta en su sonar, pero en todas ellas sentía un anhelo irresistible de encontrarla y hacerse con ella.

Más tarde esos sueños se fueron combinando con lo que él dio en llamar “sus pequeños trances”, los cuales achacó al exceso de estudio y la falta de horas de descanso. En estos trances, se veía claramente involucrado en historias imposibles tanto por su propio contenido, como por los paisajes donde se desarrollaban. Historias aquellas que le hacían viajar por tierra real por espacio de días e incluso meses, “tierra real”, como esa que tantas veces había estudiado y que sólo se podía encontrar en el pequeño archipiélago de Atracc, que era prácticamente imposible visitar. Atracc, era el único trozo de aquel planeta que no estaba cubierto por las aguas salvadoras del gran océano. Por supuesto, era totalmente imposible que nada sobreviviera allí más de unos segundos, por lo tanto le pareció alucinante que en sus sueños viera espacios parecidos a Atracc llenos de frondosas plantas, animales andando sobre el suelo y miles de personas a su alrededor sin ningún tipo de protección. Todo esto, simplemente no era posible, todo humano en Pianay sabía la historia del planeta y sabía también que había que remontarse a la Antigua Era de Pianay, para descubrir algún resto fósil de antepasados muy distintos a nosotros, que desde las aguas de nuestro océano colonizaron Atracc.

De aquellos pocos humanoides, si se les puede llamar así, fueron naciendo nuevas generaciones que se vieron poco a poco obligadas a volver al océano a causa del aumento progresivo de las radiaciones que emitía Natrón, pero ya habían perdido su capacidad de respiración bajo el agua, de tal manera que hoy por hoy, sólo los humanos estábamos incapacitados para poder habitar el gran océano sin nuestras Braquis instaladas.

Tanta reiteración en sus sueños no podía ser obra de la casualidad, así que a la edad de once años y cuando el sueño se le había repetido más de un centenar de ocasiones, decidió emprender su búsqueda con la firme decisión de encontrar aquella esfera, que con toda seguridad, daría respuesta a todos sus sueños y alucinaciones.

Pasaron los años y Uca siempre estaba envuelto en libros intentando sacar sus asignaturas adelante con la mejor nota posible. Un día, estaba en la biblioteca estudiando como siempre, cuando al ver acercarse a una joven, sufrió un pequeño flash en el que se vio a sí mismo andando por una calle de Donw−Fató a la edad de 4 años, a su izquierda estaba el exterior del mar de Anea con su hermoso azul turquesa, los peces iban y venían a grandes oleadas haciendo destellar sus vientres como reflejos platinos de metales preciosos. El espectáculo era grandioso, la visión marina de aquella mañana era perfecta, casi kilométrica, Uca iba dando saltos de alegría porque se dirigía a su parque favorito de juego, un parque casi paradisiaco. Paró un momento junto a la inmensa vidriera que protegía la ciudad de las aguas que la rodeaban y pegó su naricilla a ella, había visto venir un transporte público por el exterior que sin duda se dirigía a la estación de atraque de Donw−Fató. A Uca le encantaba mirar cómo se acercaban aquellas inmensas naves con sus pasajeros dentro y saludarlos con su mano mientras pasaban. En aquella ocasión y cuando estaba la nave a unos pocos metros de Uca, una niña, una pequeña niña preciosa, sonriente, morena, y con grandes ojos color miel, le saludó con sus delgadas manos.

En ese mismo instante despertó y a Uca se le paró el corazón fuera de su propia alucinación, esa niña que en su todavía candente visión le había saludado, estaba ahora delante de él. Estaba claro que era la misma chica, aunque no comprendía como la había reconocido después de verla tan solo unos segundos y hace nada menos que catorce años y con edades tan dispares. Pero allí estaba delante de su escritorio en la inmensa biblioteca donde estudiaba.

Ella le saludó y le dijo:

−Hola, tu eres Uca ¿verdad?

−Sí, −respondió él.

−Sólo quería decirte que debes encontrar la esfera. –le soltó la chica de forma totalmente natural y espontánea.

Aquella frase le pareció increíble, tan increíble como el flash que acababa de tener unos momentos antes, ¿cómo esa preciosa joven, podía estar al tanto de uno de los sueños más repetitivos de su vida?

## Descubriendo los secretos

### Planeta: Pianay - Zona: Bartalá

#### Año 21.234 de la (N.E)

Laboratorio de ciencias Casea, perteneciente al centro de interpretaciones Preceptor, en la Ciudad Uno del mar Mso.

Mara y Uca no apartaban la vista de esa urna de material endurecido que había servido para sacar de las profundidades marinas la inquietante esfera; ahora quedaba el menos difícil de los trabajos aunque no por ello el menos incierto.

La urna continuaba sellada y con su preciada carga dentro, se trataba de un impresionante cubo de diamante totalmente transparente de aproximadamente medio metro por medio metro. Cortado y arrancado no sin un esfuerzo sobre humano del propio terreno donde se encontró. Y como formando parte del mismo, exactamente ubicada en el centro geométrico de aquel impresionante cubo, se encontraba aquella esfera casi imperceptible a la vista que tan sólo se intuía porque era la única parte de aquel cubo que no dejaba ver lo que había tras él. Un extraño efecto que convertía el centro del cubo de diamante, en un fantasma con sombra.

Una vez que estuvieron solos con el objeto fuera de su urna, comprendieron que todos sus anhelos y sueños estaban allí metidos, y que descubrirlos, sería mucho más que encontrar los porqués que se habían estado preguntando durante tantos años. Allí, sin duda alguna, había algo que desvelaría secretos que jamás habían soñado desentrañar. Media vida habían dedicado a encontrar su tesoro soñado, habían tenido que luchar muchísimo para conseguir permisos, naves, trabajadores, instrumental, etc.

Sus puestos de preceptores y sobre todo el de ella como preceptora Synay, que era un cargo interpretado algo así como “el que” o “la que está en la cúspide”. El Synay venía a ser como la persona que terminaba por decidir en las raras ocasiones en las que no había una unanimidad clara en las juntas Inter−ciudadanas, el peso de sus opiniones era decisorio para prácticamente todas las disputas en aquellas reuniones que eran clave para aquella civilización.

Mara no ocupaba ese puesto por azar, los dos habían hecho sus carreras con aprovechamiento inmejorable, pero Mara sobresalía en todas las facetas de la vida, inteligente como nadie en Pianay, inquieta, despierta, trabajadora, intuitiva e incansable, estaba veinte pasos por delante de Uca y eso era mucho, porque a su vez Uca lo estaba igual sobre su más cercano competidor. Pero esa supremacía absoluta de regenta natural que ostentaba Mara, no se reflejaba para nada en su forma de ser, era humilde, entregada, atenta, educada y amable hasta lo más profundo de su ser; pero sobre todo y muy por encima de todo, estaba enamorada, muy enamorada de Uca que a su vez lo estaba de ella. Ambos formaban un tándem arrollador y vital, tanto era así, que ese amor cambió sus vidas y de paso las del mundo que los rodeaba, para siempre.

Así habían actuado y vivido durante sus años de preceptores, en los que aprovecharon voluntaria o involuntariamente su poder para preparar el ataque a la verdadera aventura que les esperaba y a la que no estaban dispuestos a renunciar.

Comenzaron su trabajo de laboratorio con sumo cuidado, no sin antes asegurarse de que absolutamente nadie estuviese presente. La atmósfera inerte del laboratorio y su pequeña depresión atmosférica impediría cualquier fuga de un hipotético contaminante. Sus paredes reforzadas preparadas para aguantar una hipotética explosión, aisladas y sin posibles fisuras ni de luz ni de sonido, hacían de aquella habitación un recinto seguro para el exterior, pero a la vez muy íntimo para sus dos habitantes y su preciado tesoro en su interior.

Desprendieron poco a poco y con increíble precisión los contornos del cubo. Siguieron para ello los trazos que un láser luminoso dirigido por un ordenador proponía para hacer más eficaz su trabajo. Fue un trabajo bastante lento porque bajo ningún concepto querían estropear la esfera. Y por fin, cuando empezaban a cortar a unos milímetros de la esfera, se oyó un fuerte crujido. Se miraron asustados, pero rápidamente entendieron que se trataba del ruido seco del crujir del diamante al reventar. Varias fisuras como las que se hacen en un cubito de hielo al depositarlo en un líquido más caliente cruzaban aquella especie de dado, de parte a parte, la esfera ahora estaba ingrávida, esperando a ser extraída. Uca y Mara establecieron un plan, él se encargaría de retirar los trozos restantes de diamante mientras ella intentaría sujetar la esfera. Lo estuvieron meditando un rato, Uca pensó que quizás debía ser él el primero en sujetarla por si había algún peligro, pero ella le insistió en que no fuese tonto, que si ambos habían soñado aquello durante tanto tiempo seguro que no había sido para matarlos en un segundo. Ambos se rieron nerviosamente tratando de dejar a un lado sus recelos para seguir el plan establecido. Pero de todas maneras y por si acaso, Uca le pidió a Mara que se pusiera unos guantes de laboratorio.

Mara lo hizo, se preparó para sujetar la esfera y Uca retiró los trozos del diamante fisurados, con ayuda de un brillante instrumento para hacer palanca.

Al fin la tenemos pensó Mara, era algo extraño, sólo el peso demostraba que la tenía entre las manos, no tenía color, era transparente, translucida, inconcreta, estaba ahí pero no estaba. Ningún sonido, ninguna vibración, ningún olor, allí estaba como una viajera del tiempo pero sin causar presencia, sin atreverse a molestar. Uca miraba a Mara y sonreía al ver su cara de extasiada, seguía siendo tan bonita como cuando levantó su preciosa mano para decirle adiós en el embarcadero de Donw−Fató, tan viva como cuando se dirigió a él para decirle: *“debes encontrar la esfera”,* y él la amaba cada vez con más fuerza, con más gana si cabe.

−¿Notas algo? −le preguntó.

−Nada, −respondió ella− menos que nada diría yo, sólo su peso, que es muy liviano y quizás también que está bastante fría.

−¿Me la pasas por favor?

−Sí, tómala.

Le dijo alargando los brazos y depositándola en sus manos. Uca la sostuvo y tras sólo unos segundos le dijo a Mara.

−No me parece que esté fría, quizás incluso… la noto algo caliente.

−¡No es posible! −dijo ella.

−¡Si casi me hiela las manos aún con los guantes puestos!

−Pues te lo digo en serio, esto está empezando a calentarse.

Después de ese primer momento de desconcierto, no hubo duda de que la esfera había ganado temperatura, estando ahora incluso algo más caliente que sus propias manos.

−Definitivamente, esto ha cogido temperatura −dijo Uca− y no sólo eso, sino que también ha cogido color, ahora empieza a ser de color plata.

Ella rodeó la mesa rápidamente para ponerse frente a Uca. Si a alguno de ellos se le hubiese ocurrido observar lo que estaba ocurriendo usando un microscopio, se hubieran percatado del espectáculo que estaba teniendo lugar a nivel micrométrico. Primero cientos, más tarde miles, millones de nanobots desfilaban de aquí para allá en la superficie de aquella esfera antes fría y transparente. Como un ejército bien adiestrado aquel enjambre de microscópicas máquinas, estaban formando montículos, depresiones, hendiduras y curvas a una velocidad desconcertante. Sin embargo y en estos primeros instantes, a la vista de Uca y Mara no había transformación alguna, si acaso una leve vibración, un pequeño masaje en las manos de Uca que demostraba que algo estaba ocurriendo en la esfera, el efecto que causaba en su piel era parecido a la caricia de la piel de un tiburón, animal que ellos conocían muy bien.

Poco a poco primero, y mucho más rápido después, la esfera tomó un tacto áspero que nada tenía que ver con el tacto liso y suave inicial. Aquello debía indicar algo, debía servir para algo, deberían examinarla de manera que pudieran descubrir sus secretos, pensaron los dos. Pero no hizo falta actuar, porque la velocidad de los nanobots fue en aumento y sus movimientos se aceleraron hasta límites increíbles. La esfera reveló por si sola sus secretos dejando ver claramente una serie de caracteres que ellos reconocieron de inmediato.

Estaban escritos en un idioma diferente al utilizado por cualquier habitante de este mundo.

−Pero ¿qué es esto? –dijo Uca

−No…. no lo sé, −respondió Mara con voz temblorosa.

−Pues yo te juro que tampoco.

No era posible, aquel idioma era totalmente familiar para Uca y Mara, lo conocían muy bien, y la razón era muy sencilla, ellos mismos lo habían inventado cuando eran muy jóvenes, años atrás.

¿Pero cómo era posible?, ¿cómo era posible que aquella esfera casi metálica, casi plástica, revelara un texto escrito en un idioma que ellos mismos habían ido inventando en sus tiempos de estudios y trabajo como preceptores?

Y es que cuando comenzaron su relación, durante sus estudios y más tarde en su trabajo de preceptores, la necesidad de hablar entre ellos en público, manteniendo en secreto lo que querían decirse, les llevó “medio en serio medio en broma” a crear su propio idioma. Cada uno fue aportando al mismo, las palabras que le parecían más lógicas para nombrar a los distintos objetos, sus adjetivos y los verbos con los que expresar y enlazar sus oraciones. Su inteligencia sobrenatural y su unión casi espiritual les llevó a terminar con éxito aquel idioma lleno de vocablos y sonidos nuevos que volvían locos a sus propios compañeros, a los que siempre les hizo gracia que aquella pareja tan ideal se comunicara de una manera tan extraña; ellos se cuidaron mucho de no usarlo de manera inapropiada o cuando estaban en conversaciones de grupo.

Y ahora, años después, tenían entre sus manos aquel objeto capaz de formar textos escritos en su idioma secreto.

El texto que se podía leer con toda claridad en aquella esfera, estaba escrito en ligero relieve de color negro sobre fondo blanquecino pálido y decía así:

“Se vi legas ci tiu sferon, kiu certa havas en viaj manoj, estos ke mi revenis.

Via estas mi kaj mi via

Car nur via povus esti gin trovita, kaj mi esti gin alvokita.

T'Helpas hodiau al kompreni, kiu pasas hierau. Diru min vi ol gi pasos morgau

Mi pensas firmemente en la nova renacer”

Iravan Sadhil

Uca no pudo resistirlo más, un nerviosismo inhabitual en él le invadía, él, que nunca había sentido ansiedad, ahora le temblaban las manos de tal manera que temió que se le cayera la esfera al suelo y la depositó rápidamente en un pequeño receptáculo sobre la mesa.

−¿Qué te ha pasado, Uca?

−No, nada, sólo es que me ha impresionado todo esto, no le encuentro explicación.

−Ya… yo tampoco, parece increíble, pero no debemos ponernos nerviosos, seguro que si analizamos fríamente este texto se la encontraremos. −dijo Mara volviendo su cabeza hacia la esfera, donde volvió a sorprenderse mientras exclamaba −¡ooh! Es increíble, se está desvaneciendo.

Uca miró hacia el soporte que había en la mesa previamente preparado para sostener la esfera, justo en el momento en que la esfera volvía a desaparecer ante sus ojos.

−No te preocupes, debe ser el contacto con un humano lo que la activa, –dijo Uca− cógela de nuevo.

Mara volvió a tomar la esfera medio a tientas porque era prácticamente transparente, y volvió a sentir el frío y el peso que sintió la primera vez, pero poco más.

−No ocurre nada.

−Espera un rato −le dijo Uca.

Esperaron varios segundos, luego el primer minutos y seguía sin ocurrir nada, excepto que las manos las tenía cada vez más frías.

−No puedo más, tengo las manos heladas −dijo Mara volviendo a depositar la fría sombra en su receptáculo− mejor esperar, mejor recapacitar sobre lo que tenemos entre manos, sobre lo que está ocurriendo, todo esto es muy extraño.

−Me parece bien −dijo Uca− te invito a comer en Lagolan.

−Uf... qué buena idea, cómo sabes lo que me gusta.

−Al fin y al cabo hay que celebrarlo, ¿verdad? −dijo Uca riendo.

−Buen sitio para celebraciones. ¿Recuerdas?

−Cómo olvidar algo así, jamás olvidaría nuestra primera cita –dijo alegremente mientras se encaminaba hacia la salida.

Se quitaron las batas y salieron del laboratorio no sin antes codificar el cierre de puertas. El cerrar el laboratorio era más una medida de precaución y seguridad que un miedo al robo; ellos sabían perfectamente que no era necesario, jamás nadie en ninguna parte robaría absolutamente nada. El robo y el asesinato eran totalmente desconocidos para ellos; la agresión, el insulto, la envidia, los celos, las diferencias sociales, la discriminación por razón de género o raza y cosas similares no hubieran sido ni tan siquiera entendidos en Pyanay. En realidad era totalmente innecesario, todo el mundo en Pianay, tenía absolutamente todos las necesidades básicas cubiertas. Así era y así había sido durante miles de años, desde la gran escisión y el posterior advenimiento del eliminador, que terminó con los Seis, una subespecie muy peligrosa que intentó encontrar un hueco dentro de esta civilización, pero de eso hacía ya varios miles de años.

Pasearon tranquilamente por la calle Mayncam, aquella calle era especialmente bonita, era amplia, bien iluminada y con vistas espectaculares al gran arrecife coralino, justo en su descenso hacia el valle Lamp. Al fondo de la calle de techo y paredes totalmente transparentes, se encontraban “los jardines colgantes de Lagolan”, el espléndido restaurante preferido por Uca y Mara.

Nada más llegar y cuando todavía bajaban las escalinatas para llegar a la primera de las bancadas situada a la izquierda de la entrada, el camarero ya estaba preparando su mesa para recibirlos.

−Qué tal señora. −dijo el camarero retirando el asiento preferido por ella que era uno de los que tenía mejores vistas en ese restaurante.

−Qué tal señor. −repitió para recibirlo a él.

−Muy bien señor Dalson y muchas gracias, es usted muy amable.

−No hay de qué, ya sabe el señor que nos encanta su visita.

Los jardines colgantes de Lagolan, era un restaurante que tenía de peculiar sus vistas y sus formas espectaculares. Estaba construido con forma de flor. Visto en planta se puede decir que estaba formado por tres cuerpos; cada uno de ellos con forma de pétalo y juntos formaban algo parecido a un trébol completo con más de cien metros de semicircunferencia. Esta forma se repetía en doce tréboles más, uno debajo del otro hasta llegar a los cien metros de profundidad hundidos bajo aquel espectacular océano de aguas cristalinas. Cada una de las plantas de aquel impresiónate restaurante contaba con dos zonas para comensales en cada uno de los pétalos exteriores y el pétalo central estaba dedicado a los ascensores y las escalinatas. Las paredes eran en su totalidad de material transparente como casi toda la ciudad, dejando a cada una de las terrazas unas vistas espectaculares con diferentes ambientes y fauna exterior, con el más increíble y variopinto número de peces de miles de colores distintos, crustáceos, moluscos y mamíferos, que junto con los colores de los corales adheridos a la pared rocosa del talud continental a donde el restaurante estaba adosado, y las plantas que subían desde los fondos marinos, le habían dado el tan acertado nombre de jardines colgantes de Lagolan.

A Mara y Uca les gustaba aquel primer nivel porque al estar sólo a escasos veinticinco metros de la superficie, de todos, era el que más luz natural recibía. La parte derecha y más concretamente su mesa preferida estaba justo a ras con el talud coralino de tal manera que daba la impresión de estar inmersos en él. Miles de destellos luminosos, miles de colores, millones de formas, animales grandes y pequeños con sus mejores galas, era algo fantástico, era como estar comiendo sentado en la propia planicie coralina. Los niveles inferiores iban recibiendo cada vez menos luz natural, por lo que eran mucho más proclives a ser ocupados en cenas románticas, en las que las luces de pequeños candiles sobre las mesas y el ir y venir de animales, con sus cuerpos luminosos dando destellos fluorescentes, hacían que las noches en aquel restaurante fueran espectaculares. En ocasiones, como en verano, un sin fin de medusas Aurelia Fugi hacían que el restaurante se llenara, e incluso, que hubiese que reservar mesa con bastantes días de antelación; ya que estos animales creaban un auténtico espectáculo de luz, desplegando sus tentáculos de hasta veinte metros de largo llenos de fosforescencias de colores destellantes e intensos.

Uca miró fijamente a Mara.

−Esta tarde estás preciosa, te brillan los ojos cada día con más intensidad.

−Serán las emociones fuertes −respondió ella.

−¿Qué me puedes contar? –dijo Uca.

−La pregunta sería ¿qué podemos sacar en claro de lo que hemos visto? –apostilló ella.

−No sé, es difícil de asimilar todo esto, tengo la cabeza hecha un lio, y ya sabes que lo único que me despierta en estos casos eres tú, así que ponme las ideas en claro por favor.

Mara puso entonces su dedo sobre la mesa de cristal y como si de un bolígrafo se tratara escribió:

1º frase:

*«Si estás leyendo esta esfera, que seguro tienes en tus manos, será que he vuelto.»*

Las mesas del restaurante tenían ésta y otras muchas cualidades, pero quizás ésta fuese la más usada por ellos dos en sus años de estudio, entonces usaban esa cualidad de las mesa para escribir en ella sus apuntes o sus impresiones o incluso sus piropos del uno al otro en la mesa, que luego eran descargados a sus Mest personales y eliminado todo rastro del servicio informático del restaurante.

−Qué memoria, una traducción perfecta, creo que la has clavado −dijo riéndose a carcajadas Uca− ves por eso me gusta que seas tú la que inicie las investigaciones, tu memoria aburriría a cualquiera en un duelo mano a mano.

−Qué exagerado eres, adulador. Por favor Uca, céntrate que esto es importante… ¿Qué ves en esta frase?

−Lo primero que me llama la atención es la parte que dice “seguro que tienes en tus manos” el que la construyó, está claro que la hizo con la intención de que para leerla había que tenerla en las manos.

−Creo que hay mucho más escondido en esta frase, −respondió Mara− da por hecho que la tienes que tener en las manos para poder leer el texto, eso está claro, ¡pero conmigo no sucedió absolutamente nada!, y eso nos lleva a la segunda parte de la frase: *«será que he vuelto*»*.*

−Enigmático –dijo Uca.

−Ahí, prácticamente asegura que la hizo para cuando él volviera, y sin embargo ahora está en nuestro poder, y tú la activas y yo no, ¿curioso no? –siguió reflexionando Mara.

−Puede que la activen los hombres y no las mujeres, o puede que sea porque tú tenías los guantes puestos y yo no, no sé… −dijo Uca.

−Puede ser, puede ser, pero esto nos lleva a la segunda frase. –dijo Mara mientras volvía a escribir con el dedo por debajo de la frase anterior.

2ª frase

«Tú eres yo y yo tú»

−¿Qué me dices de ésta? ¿eh? –preguntó Mara.

−Pues sigo pensando lo mismo, la escribió un hombre y la tiene que leer otro hombre. ¿Mira que si sólo es un tratado de sexo masculino? −volvió a soltar Uca sonriente como una más de sus bromas.

−Señores, ¿han elegido ya? −preguntó el camarero que llegaba en ese mismo momento.

−¿Algo en especial hoy en la carta? −preguntó Uca.

−Por supuesto señor, hoy tenemos Mar de Gulát al toque de Fican con hebras de langosta plateada y Ostras Meis todo recién pescado y muy fresco.

−Vale, no siga, eso mismo para los dos por favor, y de beber nos trae agua Delfan.

−Buena elección señor.

−Lo sabía −dijo Uca sonriendo, mientras el camarero se marchaba.

−Qué malo eres. −dijo Mara.

−Pero ¿tú te has dado cuenta? Veinte años comiendo aquí y ni una sola repetición en el plato de la casa, y lo que es peor, nunca he sabido de que están hechos ni aun comiéndomelos. Menos mal que están todos riquísimos.

−Vale, pero no divagues, «*Yo soy tú y tú eres yo*», esto da por sentado que sois la misma persona, está claro, pero ¿en qué se basa? Bueno, ya veremos, añadamos la tercera.

−¿Pero de verdad te acuerdas de todo? −le preguntó Uca.

−Que síiiiii… ya lo sabes, no lo puedo remediar –dijo Mara.

−No sé de qué me sorprendo…

−¿Sigo o no? –preguntó ella.

−Sigue, por favor –le respondió.

Mara volvió a apuntar con el dedo a la mesa y añadió una frase más.

Frase 3ª

«Porque sólo tú podrías haberla encontrado, y yo haberla invocado»

−Ahí lo tienes, está claro que esto va dirigido a ti, «*sólo tú podrías haberla encontrado*» −dijo Mara− ¿es así o no? Yo estoy segura o ¿crees verdaderamente que cualquier hombre hubiera encontrado esa esfera? a trece mil metros de profundidad, cubierta de diamante sintético, casi transparente y en plena oscuridad, imposible, te lo digo yo. Tú lo dijiste, tus sueños y sólo tus sueños te llevaron hasta allí; de los miles de kilómetros cuadrados de la superficie submarina, tus sueños te llevaron a aquel punto concreto donde decidiste emprender la búsqueda de esa auténtica quimera en la que sólo tú has creído, si no contamos con mi fe ciega en ti, claro, esa fe que me ha llevado a seguirte en todas y cada una de tus locuras por muy increíbles que a veces me hayan parecido.

−Eso es cierto cielo, hay que estar loca para seguirme a mí y mis locuras –dijo Uca.

−Ahí llevas razón, pero que se le va a hacer, pero sigamos –dijo Mara− y si esa parte de la frase estaba clara y era directa, ¿qué decir de la siguiente? *«y yo haberla invocado*» Si la cogemos al pie de la letra, la unimos a la anterior y recordamos lo que ha pasado hace un rato en el laboratorio, debemos de aceptar que efectivamente sólo tú podrías haberla encontrado y que debes ser muy semejante al que la creó, si no el mismo, para que se active en tus manos.

−Sí, claro, −respondió Uca− yo mismo la hice de pequeño, inventé un Trans que luego destruí para volver a crearlo años después, y con él, deposité la esfera en el lodo submarino previamente envuelta en diamante. Luego petrifiqué el lodo a siete mil doscientos grados de temperatura y a tres mil metros de profundidad y por fin me vine a esperar cuarenta años para volver allí y rescatarla. Poco creíble ¿no?

−Vale, efectivamente es poco creíble, por lo que está claro que esta esfera no es de este mundo, y si lo es, el que la hizo está mucho más adelantado a nosotros, porque todas ellas son cosas imposibles de realizar hoy por hoy y mucho menos hace años, no sabemos cuántos, de cualquier modo, sigamos −dijo Mara, añadiendo la cuarta frase.

Frase 4ª

Te ayudo hoy a entender, qué pasó ayer. Dime tú qué pasará mañana.

−Enigmática ¿eh? −dijo Uca volviendo a sonreír.

−Te repito, que no es para tomarlo a broma. −dijo Mara.

−No mujer, es por quitarle importancia a la cosa, ya sé que todo es muy extraño ¿crees que no lo sé? ya has visto mi nerviosismo cuando tenía esa esfera entre mis manos, hay algo, algo muy fuerte que me conecta a ella y no sé exactamente qué es. Todo esto es un misterio, pero creo que ambos sabemos por dónde van a ir las cosas.

−No sé, Uca, −dijo Mara− yo tengo la piel de gallina sólo de pensar en esto tan extraño que nos está sucediendo, no sé sinceramente si tu imaginabas algo de esto que hemos presenciado.

−Nunca había imaginado ni por un solo minuto que pudiera encontrar algo así, sabía que algo me llamaba irresistiblemente hacia ese lugar, lo había visto una y otra vez en mis sueños, pero esto sobrepasa todo lo imaginable para mí. ¿Por qué crees que estamos intentando comer como si nada pasara? No me atrevo a enfrentarme a la puerta que esto pueda abrir, no me imagino qué podemos encontrar. La verdad, el miedo me atenaza ahora mismo y no sé si ese no sé qué “de mare” que nos vamos a comer, va a ser capaz de quitarme el amargor que ahora tengo en la boca.

−Relájate cariño, ya sabes que lo haremos juntos, –dijo Mara− y ahora te digo una cosa y no te lo tomes a mal, pero prefiero que sigas con tu sarcasmo. Volvamos a las frases que las encuentro muy apasionantes, habíamos dicho que la siguiente decía que eso, lo que quiera que sea, nos va a ayudar a entender qué pasó ayer y junto a eso nos hace una petición o más bien nos da la orden de que nosotros le contemos lo que pasará mañana o mejor dicho, lo que está pasando hoy.

−Bueno, pues si eso es así, quiere decir que debe tener más cosas escritas o que contarnos, y que entonces debemos encontrar la manera de que la bola siga hablando, porque que yo sepa, sólo ha escrito estas frases y no hace falta tampoco que te diga que montones de juguetes de niños pueden hacer lo mismo que esta esfera, −soltó Uca para desesperación de Mara.

−¿Lo mismo?, ¿puedes comparar acaso que un juguete escriba una frase, a que esta esfera te hable desde el más allá como quien dice?, vamos Uca, sé sarcástico pero no tonto por favor.

−Perdoo…na.

−Yo creo que le hemos dado poco tiempo, o simplemente no hemos sabido pasar página o qué sé yo, −dijo Mara nerviosamente− pero bueno, pasemos de esa frase y analicemos la última.

5ª frase

«Yo creo firmemente en un nuevo renacer.»

−Esta frase es el toque de todo y en resumen la que rompe todos los arquetipos de extraterrestres y demás, esta frase nos presenta un esquema distinto y por otro lado más cercano a nuestras creencias, pasado y futuro, él cree en el renacimiento. ¿Cuántas veces hemos rondado nosotros esa idea?, ¿cuántas, Uca? Yo te respondo –dijo Mara− muchas, Uca, y ahora esto nos dice que el que quiera que creara esa esfera también cree en un nuevo renacer. No sé, Uca, pero aquí hay mucho que hacer, creo que cada paso que demos, se nos va a hacer más difícil y complejo resolverlo.

−Totalmente de acuerdo, y ahora te lo digo sin bromas, creo que llevas toda la razón en tu esplendida resolución, porque además, quiero recordarte que a tu tesitura hay que añadirle el increíble hecho de que este mensaje estuviese escrito en nuestra lengua secreta –dijo Uca− algo que apoya esa idea que has planteado, «el renacimiento».

Mientras Uca hablaba, Mara había quitado el orden que le había puesto a cada una de las frases sobre la mesa, y volvía a examinar todo el texto en su conjunto.

“Si estás leyendo esta esfera, que seguro tienes en tus manos, será que he vuelto.

Tú eres yo y yo tú

Porque sólo tú podrías haberla encontrado, y yo haberla invocado.

Te ayudo hoy a entender, qué pasó ayer. Dime tú qué pasará mañana.

Yo creo firmemente en un nuevo renacer.”

−Ah, otra cosa que se nos olvidaba, añadiré la firma que también tiene su qué. *«Iravan Sadhil»* −dijo Mara− ¿Conoces tú a alguien con un nombre tan extraño?

−¿Pero acaso existe ese nombre en todo Pianay?, −respondió Uca tras meditar unos segundos para luego añadir− bueno, comamos, seguro que nos irá mejor con los estómagos llenos.

# CAPÍTULO II

## La construcción de la esfera

### planeta: Tierra - País: India

#### Año 3.203 después de Cristo (d.C)

Laboratorio de investigación de Fractales con Número Áureo. Universidad de Bangalore, La India.

−Por fin terminada. El orgullo de la ciencia y sólo estará conmigo tres días. Sólo a un loco como yo se le hubiera ocurrido semejante idea.

Eso se decía Iravan Sadhil mientras observaba aquella esfera perfecta compuesta de nanobot en su laboratorio de Bangalore.

Iravan era un hindú, ingeniero e investigador incansable, experto en aplicaciones de Nano robótica con inteligencia adquirida.

En realidad Iravan se interesó por este tema desde muy joven cuando comprendió cuál era su misión, el problema que planteaba y en qué debía hacer para solucionarlo. A partir de ahí y gracias a un duro trabajo sus investigaciones en este campo le valieron el premio nobel de Ciencias compartido, en el año 3201, un par de años atrás.

Básicamente la idea por la que fue nominado y premiado, consistía en usar el número áureo para confeccionar fractales, construidos por nanobots que se auto replicaban y que imitando a la naturaleza fueran capaces de construir estructuras más resistentes, más esbeltas, más eficientes y en definitiva más acordes con la nueva existencia del hombre. En este sentido y usando esta técnica se habían logrado muchos éxitos, pero por el que más brilló sin duda, fue por el de sobrepasar con mucho y con total éxito la altura de los edificios más altos construidos por el hombre en toda la historia de la humanidad.

Para bien o para mal, esto fue precisamente lo que catapultó a la fama a Iravan, el formar parte y codirigir el equipo de investigación para la construcción de lo que finalmente se dio en llamar Torre Serena. Esta torre, con cuatro mil metros de altura, treinta y seis kilómetros cuadrados de superficie en su base y una profundidad de dos mil metros, fue el máximo exponente en cuanto a arquitectura geométrica se refería. En ella podían vivir cinco millones de personas aproximadamente, era auto gestionada por los propios nanobots que decidían qué reparar, cómo compensar el movimiento terrestre, cómo mantener un clima constante sin consumir un solo céntimo, cómo generar su propia energía, agua y un sin fin de utilidades más. Una torre muy compleja pero construida de manera muy sencilla, con casi la misma técnica que utilizan las termitas de la subfamilia Macrotermitinae para construir sus termiteros. La diferencia es que Torre Serena se auto levantó sola a partir de elementos de silicio que nanobots diligentes iban convirtiendo en hermanos gemelos, en una razón de dos por uno. Así, cada uno de ellos y una vez construidos ya sus dos hermanos gemelos, subía a su posición ideal, que sólo dependía de factores muy sencillos y fáciles de localizar.

Mientras miraba la esfera, Iravan todavía tenía en la cabeza la pregunta inicial que él mismo hizo a los 11 científicos más que participaron en aquel proyecto.

−Señores, yo me pregunto:

−¿Cómo pueden las termitas africanas hacer edificios tan complejos sin planos ni arquitectos?

## Taj Hardik e Iravan Sadhill (los mensajeros)

### Planeta: tierra - País: Península Arábiga - Zona: Ciudad de Qatar.

#### Año 3.190 (d.C.) trece años antes

Laboratorio de Nano−robótica avanzada de la Universidad Carnegie Mellon en Qatar, perteneciente al centro de estudios del mismo nombre, en Pittsburgh (Pensilvania).

Los laboratorios Carnegie Mellon de Qatar eran pioneros en el mundo en la investigación de biorrobótica y nanorobótica. Dependientes desde siempre de la central (Carnegie Mellon University, CMU) en Pittsburgs Pensilvania, tenían una antigüedad bastante considerable, ya que para encontrar sus inicios había que remontarse nada más y nada menos que al año 2.004 d.C.

Hoy, casi mil doscientos años después, todo aquello parecía muy lejano, no sólo por el tiempo transcurrido, sino también por los enfoques de trabajo y sus resultados. Lo que no había cambiado para nada en el centro de investigación eran las ganas, las iniciativas, los interrogantes y el espíritu de superación de las personas que componían el gabinete de estudios.

Dos personas resaltaban en aquel lugar de investigación y sabiduría, dos personas que además estaban enamoradas la una de la otra, sin reservas, con una entrega total y sin límites, Iravan Sadhill y la directora de todo el complejo científico, la hermosa Taj Hardik.

Taj era una preciosa Ceilandesa de Anuradhapura, ciudad Santa del Budismo, localizada en Sri Lanka, antigua Ceilán.

Según dice la leyenda, Adán al ser expulsado del jardín del Edén, puso su primer pie en esta isla, demostrando así que después del jardín del Edén, ese era el mejor lugar posible para vivir en la tierra. La leyenda se apoya en una gran huella de pie humano que hay en la cima de un gran monte cónico de 2.243 metros de altura llamado Sri Pada, este monte espectacular es venerado por las tres religiones más importantes de Oriente, la hinduista, la budista y la musulmana. Miles de peregrinos lo visitan subiendo por una escalera con miles de escalones de la que ya habló Marco Polo, cuyo ascenso dura horas; a esta escalera la llaman los lugareños Svargarohanam, “La escalera al cielo”.

Seguramente fue por esta escalera por donde bajó la diosa Taj Hardik a la tierra, para hacer feliz a un hombre y regentar las ideas más innovadoras y maravillosas del mundo conocido.

Taj era una excelente directora de proyectos, no en vano había nacido en un país emblemático para la historia de la mujer, allí fue donde hacía más de mil años, en 1960, una mujer, Sirimavo Bandaranaike, fue nombrada democráticamente por primera vez en la historia primer ministro; lo que en aquel momento fue una auténtica locura para el resto de los países entre comillas “civilizados” donde la mujer no podía ostentar cargo importante alguno y en muchos de ellos ni siquiera tenía derecho al voto.

Gabinete de reuniones de los laboratorios Carnegie Mellon de Qatar.

La pregunta de aquel día fue:

−¿Cómo pueden las termitas africanas hacer edificios tan complejos sin planos ni arquitectos?

Taj e Iravan desarrollaron las premisas de la idea respondiendo someramente a esa pregunta:

Un termitero puede medir más de 30 metros de diámetro y tener varias torres de más de ocho metros de altura. La termita mide unos cinco milímetros y el hombre un metro sesenta. Si hiciéramos una proporción entre especie animal y edificio que habita, el hombre tendría que poder construir un edificio de unos 10 kilómetros de diámetro en la base y las torres tendrían entre mil y mil quinientos metros de altura; esto era potencialmente imposible hasta la fecha, ningún material resistiría la presión a la que se vería sometido en una construcción similar, y si ese material tan extremo existiera, aun así haría falta para su construcción un plan director increíble, cientos de arquitectos, miles de trabajadores, millones de toneladas de materiales diversos y todo lo suficiente como para construir una nueva ciudad desde la nada, desde el propio terreno, como lo hacen las termitas, sin necesidad de recurrir a otra cosa que no sea el material básico de su hábitat natural que las rodea.

La técnica que todos ellos habían ido desarrollando durante estos últimos años en ese laboratorio, la de hacer nano−robots replicantes, podría tener en este proyecto su definitivo espaldarazo científico y demostraría que esta vía podría solucionar muchos de los problemas del mundo.

Estudiaron a las termitas en su propio hábitat y descubrieron cosas increíbles para los científicos, pero muy fáciles de ejecutar para ellas, las termitas. Estas criaturas hacen cosas muy simples sin tener en cuenta nada de lo que pasa a su alrededor y mucho menos fuera de su propio nido, (ideal para el trabajo de la inteligencia simple como la de un nanorobot de menos de un micrón), la termita sólo tiene en cuenta lo que está pasando en el punto donde ella está y lo que están haciendo las termitas de su alrededor. Tienen leyes constructivas muy simples, ella baja a las profundidades del hormiguero, coge un poquito de barro de una de las galerías, lo transporta en sus pequeñas garras, llega a un sitio donde huele a otra termita, suelta el barro y se va a buscar otra porción de barro, si el sitio es más caliente suelta más barro y si es menos caliente suelta menos, y poco más. Pero entonces donde está el misterio, quien las dirige para que terminen haciendo esa construcción llena de galerías, cámaras y recámaras, almacenes de alimentos, aire acondicionado en todas las estancias, campos de cultivo y agua constante y gratis en pleno desierto. Imitarlas, no era fácil, porque hay algo en la vida que se llama comportamiento emergente y que es propio del mundo animal de colonia o de animales que sin serlo, se reúnen en algún momento de sus vidas para conseguir un fin. Cuando observamos atentamente a estos animales y vemos que con reglas simples, sin comunicación expresa, sin planificación ni raciocinio aparecen resultados muy complejos, eso es el comportamiento emergente animal. Un ejemplo que siempre se ha puesto en biología es el del grupo de aves que viajan juntas formando una V, la primera vuela en una dirección fija guiada por señales electromagnéticas, ¿las siguientes hacen lo mismo? La respuesta es, no, las siguientes siguen a la primera sin ni tan siquiera mirarla, parece que existe una coordinación micrométrica que les permite este comportamiento; si gira la primera, las demás girarán con ella manteniendo la V en perfecta forma. La idea es muy simple, cuando un ave se pone a volar grandes trayectorias, aplica la ley del mínimo esfuerzo y ocupa justo el punto aerodinámico más favorable para no trabajar, que en el caso de las dos que siguen a la primera es exactamente unos centímetros detrás a la izquierda y derecha de la primera respectivamente y así sucesivamente para las siguientes, el resultado, un coeficiente de penetración en el aire perfecto, de tal manera que las últimas no necesitan moverse en absoluto para continuar volando a cien kilómetros por hora. Se podrían nombrar otros ejemplos, como el de los bancos de peces que cambian bruscamente de posición y dirección al unísono como si de una sola criatura se tratara y todo para evitar el ataque de algún depredador mucho mayor que ellos. Hay miles de asociaciones de este tipo que sin previo aviso ejecutan trabajos que para el observador externo son imposibles de realizar.

Eso era lo que tenían que lograr y lo lograron, consiguieron su objetivo, consiguieron que aquellas pequeñas criaturas lograran imitar todos esos comportamientos, y se pusieron a elegir el sitio ideal para construir la torre.

Para ello un ejército de geólogos importantes, se dedicaron a buscar ese lugar tras conocer los requerimientos iníciales de este proyecto, entre los que se encontraba la necesidad de que fuera un sitio rico en sílice o (SiO2) dióxido de silicio. Y poco tiempo después, propusieron la construcción en una zona de Guayaquil en Ecuador. En concreto se trataba de unas antiguas minas de sílice que habían sido abandonadas pero a las que les quedaban la cantidad adecuada de sílice para ser ideales en aquel trabajo tan descomunal.

El equipo decidió que treinta y tres nanobots serían suficientes para comenzar la obra y se tardó un año en construirlos y darles las órdenes necesarias. Y al fin llegó el día, en que liberarían de su cárcel forzada, a aquellas, *“medio criaturas microscópicas”.*

## Los doce lunáticos y la Torre Serena

### País: Ecuador - Lugar: Minas de Silicio Saitai, al Este de Guayaquil

#### Año 3.200 (d.C.)

Fue el 27 de Mayo del año 3.200 cuando un equipo especial bajó a la mina abandonada de Saitai y depositó el contenido de una pequeña jeringa sobre una roca compuesta por silicio al noventa y nueve por ciento de pureza. Los nanobots empezaron en segundos a hacer su trabajo creando réplicas de sí mismos, que a su vez volvían a replicarse, en una progresión geométrica.

Aquellos nanobots tenían forma de dodecaedro que en la opinión de todo el equipo de investigación era la forma sagrada del universo y estaban diseñados para enlazarse, llegado el momento, a los nanos de su entorno, manteniendo la misma forma, infinitamente, hasta terminar con todo el material de silicio disponible en la mina. Cada dodecaedro abriría su cuerpo a modo de anillo y se volvería a cerrar en torno al de su compañero formando fractales como los existentes en la naturaleza, y más concretamente, como los que forma la concha del nautilus y su espiral logarítmica que está formada siguiendo exactamente el número áureo.

1,618033988749894848204586834365638...

Durante dos semanas Guayaquil estuvo rodeada de periodistas, fotógrafos, comentaristas televisivos, famosos y curiosos esperando ver lo nunca visto, el renacer de una construcción sin constructores, pero pasado este tiempo, todo el mundo empezó a dar por hecho que el fracaso había sido estrepitosamente grande y poco a poco fueron desapareciendo de la escena aquel nutrido grupo. Sólo doce personas sabían la verdad de lo que estaba ocurriendo allí abajo y no hacían mucho, más bien nada, para sacar a la prensa de su error. La marabunta de Nanobots era increíble, billones de ellos se replicaban en una progresión tal, que empezó a asustar al propio grupo. Miles de galerías, millones de metros cuadrados de paredes, suelos y techos bajaban cada vez más profundamente en la tierra, cuando había pasado el primer mes de construcción, sin que ninguna mano humana hubiera participado en ello. Pasado ese primer periodo en que la torre asentaba bien su base, la estructura empezó a emerger del suelo, primero a razón de unos centímetros por día, después de unos metros, la velocidad de construcción iba en aumento y cuando llegaron los tres primeros meses, ya alcanzaba la altura prevista inicialmente.

Los cálculos que aquellos científicos junto con los geólogos contratados habían hecho, les daba como resultado una torre de unos mil quinientos metros de altura y dos kilómetros de diámetro en su base, pero cuando llevaban tres meses y unos días, estaba claro que habían cometido un grave error de cálculo, la base seguía creciendo desmesuradamente y de los dos kilómetros de diámetro previstos, iba ya por 3 kilómetros y no parecía tener ninguna intención de dejar de crecer. Afortunadamente, las poblaciones más cercanas se encontraban en torno a los doscientos kilómetros de la mina. También por suerte, el equipo había tenido la precaución de no contar absolutamente nada del proyecto a nadie, de tal manera que no se podría saber cuál era el resultado final.

Pasaron 4 meses y la torre se podía ver ya desde muy, pero que muy lejos, el secreto era imposible de guardar, miles de periodistas volvieron en oleadas junto con curiosos de todo tipo a pesar de las advertencias de las autoridades mundiales y ecuatorianas que tuvieron que acabar cerrando sus fronteras por temor a un colapso generalizado. La torre crecía en grosor y altura a un ritmo endiablado, casi mágico. Los días seguían pasando inexorablemente y la torre seguía creciendo en todas direcciones y lo que era más inquietante, mejoraba día a día su aspecto, su detalle, su enrevesada arquitectura sin arquitecto era casi mágica.

Así pasó un año y la altura era ya de casi tres mil metros. Se perdía literalmente entre las nubes de la selva ecuatoriana. La gente había vuelto a desaparecer, lo que en un principio levantaba tanta expectación que miles de personas se mudaron a vivir a los alrededores para verla crecer, como si fuese un lugar de peregrinación, ahora se habían marchado por temor a un derrumbe y al cataclismo que podía ocasionar ese cada vez más probable evento.

Mientras tanto, algunos medios de comunicación hicieron lo mejor que sabían hacer, crítica destructiva; tacharon a los doce científicos con toda clase de adjetivos y la mayoría de ellos no muy buenos. Desde visionarios a brujos, diabólicos, lunáticos, locos, asesinos, perturbados y cosas mucho peores. Pedían que fueran encerrados y aquella obra diabólica fuese demolida hasta sus cimientos, se estableció en muy poco tiempo comités mundiales de toda clase con el objetivo de enardecer a las masas y acabar con lo que dieron en llamar en un principio “El engendro”.

Los poderes sociales, políticos y religiosos empezaron, cada uno por su lado, a debatir cómo derribarlo antes de que creciera aún más. Sólo los recientemente llamados “Los doce lunáticos”, que según aseguraban los periódicos serían los primeros en subir a la luna sin tomar una nave espacial gracias al “engendro”, sólo ellos, que en aquellos momentos re−calculaban día tras día cual podía ser el momento en que parara de crecer, seguían allí. Mientras, no dejaban de hacer pruebas de todo tipo para tratar de calcular si aquella inmensa mole resistiría su propia altura.

En los primeros minutos del día trescientos setenta y cinco contados desde que liberaron su carga miniaturizada en aquella roca de silicio, es decir, el 6 de Junio del año 3201, la torre guardó silencio, el ruido, aquel ronroneo constante que durante meses se había estado escuchando a kilómetros de distancia, cesó para dejar paso a un silencio casi inmisericorde que lo invadió todo en un instante. La torre había concluido su construcción sin la participación de un solo obrero, cuando el cronómetro del ordenador central del puesto de mando del grupo de “apóstoles lunáticos” marcaba lo siguiente:

1, 10 01 11 1 000 110 111 011

Un año, diez días, un minuto, once segundos etc. Todos se miraron unos a otros con caras de incredulidad, no podía ser lo que sus ojos estaban viendo, el cronómetro se había detenido en una cifra que todos ellos conocían perfectamente, el número áureo, el que definía la divina proporción, pero en esta ocasión expresado en números binarios.

Algunos de ellos no pudieron evitar llorar como niños, el miedo que había atenazado durante tanto tiempo al no tener claro cuál iba a ser el destino de la torre y con ella el destino de sus vidas, se liberó de golpe, provocando sensaciones incontroladas dentro de sus cuerpos, temblores, sollozos y risas histéricas se dejaron venir a sus hechos y sus semblantes. Se unieron en un abrazo silencioso formando una piña, y en el centro de esa piña estaban la pareja inseparable, Taj e Iravan, los principales promotores de Torre Serena, como se le llamó oficialmente y desde ese mismo momento a aquel descomunal rascacielos, que ahora se perdía en el cielo en silencio y con una calma total.

Lo peor y lo mejor vino con el tiempo, Torre Serena se convirtió para muchos en el símbolo de la ciencia, la prosperidad, el dominio del hombre sobre las cosas, la eficiencia energética y ecológica. La terminación de cada punto de su construcción era verdaderamente perfecta, estaba construida de tal manera que si una avanzadilla de ángeles hubiesen bajado del cielo y la hubiesen hecho con sus propias manos, no podría haber quedado mejor. Sus paredes, sus techos, sus suelos, toda ella estaba construida en silicio formando unas finas láminas de tan sólo unas décimas de milímetro que de dos en dos y separadas entre sí por finísimos velos del mismo material formaban unos tabiques tipo sándwiches de una resistencia increíble. Eso hacía de toda la estructura una verdadera obra de arte con una resistencia a prueba de impactos de bala pero con la delicadeza de la concha de un caracol. Semejante estructura, formando cámaras aislantes y totalmente estancas, le servía además a la torre para mantener de forma constante veintitrés grados centígrados, tanto en su más profundo sótano a dos mil metros de profundidad como a cuatro mil metros de altura, así como mantenerla totalmente aislada de los ruidos y las inclemencias externas.

El agua, la energía, y todo lo necesario para la vida estaba totalmente resuelto desde el primer piso hasta el último de los que había. Largas escalinatas, pasillos ascendentes en espiral, más de mil ascensores por empuje de aire, transportadores neumáticos de basura al subsuelo, cultivadores de hongos que aprovechaban parte de la basura de la torre y la convertían en energía y residuo seco reciclable. Millones de detalles que a nadie se le hubiese ocurrido imaginar, pero que unas pocas de órdenes en aquellos nanobots, fueron capaces de conseguir lo que en la vida se llama “*comportamiento emergente animal”*y que sólo un grupo de doce personas supo encontrar y transmitir a esos pequeños elementos.

Aunque todo en esta vida tiene detractores y defensores, afortunadamente en un principio hubo más defensores que detractores. Pero la balanza estuvo a punto de volcarse en sentido contrario por culpa de la religión. Los números empezaron a salir a la luz pública y con ellos las habladurías y con las habladurías, el pánico y el terror colectivo y esto llevó al mundo a un debate de nuevo.

¿Se debía, o no se debía destruir aquella torre misteriosa?

Esa era la pregunta que flotó en el aire durante el año en que terminó la construcción.

Los declarados científicos o creyentes de la ciencia, lanzaron los números al aire creyendo que hacían lo debido al enunciarlos; pensaron que tantas coincidencias eran curiosas, sobre todo si se pensaba que era una torre que se había construido con una tecnología totalmente desconocida hasta el momento. Pero los números en sí son muy peligrosos, porque las personas andamos siempre a caballo entre creer en la ciencia y creer en lo exotérico, y los números no indican nada bueno cuando se mezclan indebidamente y se les busca malas interpretaciones.

El primer número que la gente manejó y que fue responsable de activar las alarmas y traer los primeros problemas, fue el compuesto por los dígitos de la fecha en la que terminó la construcción.

6 de Junio del año 3201

O lo que es lo mismo

6−6−3+2+1

666

Aunque a las claras era demasiado sutil buscar el último seis sumando los dígitos del año en curso, la gente hizo lo que se suele hacer, buscar esa coincidencia casi forzadamente. Y que mejor número que el 666, un número que venía dando vueltas desde el libro de la Apocalipsis escrito más de tres mil años antes. Este número representaba la marca de la bestia, y bien pensado, en ese momento aquel edificio era lo más semejante que podía haber a la marca de la bestia. Delicado como un ángel caído del cielo, pero majestuoso y desafiante una vez en la tierra y, como el ángel oscuro aterrador e imponente, desafiando al propio cielo y a la tierra.

A todo esto no ayudó el saber que el edificio medía un total de 6 km. desde sus profundidades hasta la cúspide y que sus medidas de la base eran asimismo 6 Km. por 6 Km., volvía a darse el tan temido número:

666

Cálculos y análisis posteriores dieron nuevos números e increíbles coincidencias; el edificio seguía la regla constructiva de la espiral de triángulos equiláteros de la “sucesión de Padovan”, una forma de construcción en la que finalmente se forma una espiral descendente, en la que cada triángulo equilátero, forma un paso de esta espiral y en la que cada lado de los triángulos obtenidos coincide con uno de los números secuenciales de dicha serie. En esta serie matemática se encuentra recogido el número 666 que era la medida justa del lado del triángulo equilátero que formaba el triángulo base de dicha espiral.

3, 4, 5, 7, 8, 14, 19, 30, 37, 84, 128, 469, 666,

Las habladurías corrieron por toda la tierra, las ligas extremistas cristianas fueron las que más lucharon para promover la demolición de Torre Serena. En ese mismo año incluso consiguieron que se convocara un cónclave al que llamaron “El del segundo advenimiento”. En él, aseguraban que la torre estaba hecha por el propio SATÁN y aseguraban también que al igual que en la torre de Babel de la antigua Babilonia, Dios confundiría todas las lenguas de los que allí habitaran y acabarían destruyéndola ellos mismos.

En realidad, la mala prensa del número 666 proviene efectivamente de Babilonia, pero no por lo que los escritos cristianos dicen al respecto, sino por el interés continuado de esta religión por desprestigiar la adoración de otros dioses de las civilizaciones conquistadas. Los Babilonios adoraban a dioses relacionados con el Sol, la Luna y los demás planetas visibles del sistema Solar, además de otros astros que observaban y que también tomaban como dioses de segundo orden. Ellos fueron los primeros y principales promotores conocidos de la astronomía, tenían ansia de conocimiento y en su afán por nombrar a cada uno de los astros que habían descubierto, y transmitir ese conocimiento a su pueblo, asimilaron cada uno de los astros conocidos con uno de sus dioses. Así, adoraban un total de 37 dioses supremos, pero a uno de ellos le dieron la supremacía sobre los demás, el dios Sol. También tenían la idea de que a partir del Sol, todos los demás dioses “astros” le seguían a éste en un orden inalterable, por lo que le asignaron un número consecutivo por orden de supremacía a cada uno de ellos, o sea del 1 al 36, y para poder controlarlos y adorarlos de alguna manera, sumaron sus números representativos y obtuvieron el número supremo que representaría al Sol, o sea, el 666.

Los babilonios temían mucho a sus dioses y pensaban que alguno de ellos podría destruirlos algún día si no obedecían, así que hicieron amuletos en barro con una matriz de 6 x 6 asignando a cada casillero un valor entre el uno y el treinta y seis dispuestos de una forma muy especial al objeto de incrementar al máximo su propósito protector y mágico. Para ese cometido idearon ordenar los números de tal manera, que al ser sumados en filas o columnas siempre totalizaban “ciento once”. Por lo tanto, la suma de las seis columnas o las seis filas sumaban seiscientos sesenta y seis. Esta fórmula suponía una mayor protección, pues incluía al dios principal asociado al Sol, el cual estaba presente en el amuleto en cualquier dimensión que se le tomara. Esas tablillas protectoras que amarraban de su cuello a modo de colgante, tenían más o menos el siguiente formato:

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| 6 | 32 | 3 | 34 | 35 | 1 |
| 7 | 11 | 27 | 28 | 8 | 30 |
| 19 | 14 | 16 | 15 | 23 | 24 |
| 18 | 20 | 22 | 21 | 17 | 13 |
| 25 | 29 | 10 | 9 | 26 | 12 |
| 36 | 5 | 33 | 4 | 2 | 31 |

Estas tablillas se usaron en Babilonia durante años y muchas de ellas han sido encontradas en excavaciones de esta civilización.

Todo esto no era importante para la realidad constructiva de Torre Serena, ella permanecía ajena a habladurías, números y matemáticas, el tiempo pasaba y la torre seguía funcionando a la perfección, aunque aún sin habitar “por puro miedo”. Sin embargo, las incógnitas seguían ocupando las cabezas más inquietas, estaba claro que en aquella torre convivían miles de medidas, miles de sucesiones parecidas a la de la divina proporción, con su sucesión de Fibonacci y su número fi, o la sucesión de Padovan con su número P, o el número elástico y otras muchas más, entre las que podrían estar perfectamente la suma de los treinta y seis primeros números naturales o la de la suma del cuadrado de los siete primeros números primos, o sea, el siempre presente seiscientos sesenta y seis. Quizás la razón más acertada para estas casualidades fuera, que esos números, esas sucesiones, están dadas ya desde siempre en la naturaleza y el trabajo de réplica de fractales de los nanobots consiguió enlazarlas de manera perfecta, imitándola en muchos de los sentidos.

Lo cierto era que por una razón o por otra, el tiempo fue dándole la razón a la torre y miles, millones de animales, anidaron de manera natural en los sitios que la torre había previsto y reservado para ellos. Todo ese entorno, ese bullicio de vida armonizó de tal manera, que más que una torre con cierta forma de termitero divino alzándose al sol, parecía una especie viva más, integrada en una zona paradisiaca de la todavía hermosa tierra.

Mientras tanto la fama del grupo de lunáticos creció por una razón o por otra y los laboratorios y empresas de todo el mundo se deshacían en deseos de contar con ellos para cualquier cosa que se les ocurriera. Finalmente, cada uno de ellos tomó un rumbo distinto después de aquello, menos claro está, “la pareja inseparable” que tal como habían hecho ya en otras muchas ocasiones, se sentó a programar cuál sería su nuevo destino y proyecto.

## El hogar sagrado de Taj Hardik e Iravan Sadhil

### País: Emiratos Árabes - Lugar: Torre Burj Al Arab, Dubai

#### Año 3.203 (d.C.) Dos años después

Aquella tarde, después de una buena ducha con hidromasaje, Iravan se sentó en la terraza del salón de su lujoso apartamento en la Torre Arábica o Burj Al Arab como le llamaban los autóctonos. Habían llegado desde el aeropuerto directamente al helipuerto de la torre situado en la misma terraza del edificio a 320 metros de altura.

De vuelta ya de su largo periplo por Sudamérica, apenas les había dado tiempo a acomodarse, aunque las maletas con sus ropas y enseres ya se las habían encontrado perfectamente colocadas en su sitio a su llegada; la legión de trabajadores de la torre se encargaba del más mínimo detalle para que sus inquilinos privilegiados no tuvieran que molestarse absolutamente en nada y eso incluía ir al aeropuerto a recoger todo el equipaje y transportarlo hasta su habitación, sin que ese trabajo fuera apenas perceptible.

Aquel era su refugio ideal desde hacía ya algunos años, más exactamente desde que vinieron a trabajar a la península de Qatar. Su velero en tierra como ellos le llamaban, era un antiguo hotel construido nada más y nada menos que en 1994 pero que conservaba el carácter innovador de su construcción como el primer día gracias a las nuevas tecnologías arquitectónicas que surgieron tiempo después de su construcción y que lograron mantenerlo en perfecto estado. Con forma de vela al viento y construido en una isla artificial a diecisiete kilómetros al sur de Dubai, fue el único hotel del mundo durante muchos años con una clasificación de siete estrellas. Ahora, muchísimos años después, había pasado a ser un espectacular edificio de apartamentos en propiedad para una élite de privilegiados nostálgicos, capaces de costear la inmensa fortuna que costaban esos apartamentos y su mantención.

A Taj e Iravan les encantó desde el primer día que visitaron el suyo cuando estaba en venta. Desde entonces les proporcionó absolutamente todo lo necesario para su felicidad. El único inconveniente si se le podía llamar así, porque a veces era más una ventaja que un inconveniente, es que se encontraba al otro lado del Golfo de Pérsico, a unos trescientos ochenta kilómetros de su lugar de trabajo situado en la península de Qatar, aunque este trayecto se cubría en sólo media hora en helicóptero, el cual estaba siempre a su disposición en la terraza del edificio.

Su apartamento era el más grande del edificio con 780 metros cuadrados, con una sala de reuniones casi del tamaño de un campo de tenis, una sala de cine, tres ascensores particulares, uno que llevaba directo al helipuerto, otro directo a los restaurantes y el último con paradas selectivas, sin contar con uno más para el servicio. Su dormitorio con más de doscientos metros cuadrados, al igual que su inmenso salón, disponían de sendas terrazas con piscina y jacuzzi cada una de ellas y con unas vistas que dominaban todo el golfo de Pérsico de un lado y todo Dubái del otro.

Pero además de esas extraordinarias condiciones arquitectónicas, había en aquel edificio otros muchos ambientes e instalaciones que también habían marcado su decisión de compra desde un primer momento; una de ellas, quizás la que más, fue su restaurante el “Al Mahara”, un restaurante submarino donde cenaban casi todas las noches que el trabajo se lo permitía. Acompañados de un auténtico ambiente marino, aquella pareja de eternos enamorados disfrutaban de sus vistas, rodeados con tiburones, delfines, corales y otros cientos de especies submarinas más, que les hacían sentir la sensación de estar cenando en lo más profundo del mar. Además, desde el primer momento Taj pensó que aquello era una premonición y que sin duda era su lugar definitivo para vivir y el motivo no era otro, que el nombre de su amado Iravan, que en hindú significa “Rey del Océano” y su apellido, que en realidad no era tal apellido sino el nombre del padre de Iravan ya que los hindúes nombran a las personas por el nombre elegido por sus padres para ellos cuando nacen, más el nombre que tenía su propio padre y que en su caso era Sadhil, que significa en Hindú “Perfecto”, o sea que la traducción completa de Iravan Sadhil era para Taj, el Rey del Océano Perfecto. Taj le daba a todo esto una importancia tremenda, pensaba que la vida estaba llena de señales y no había que desaprovechar ninguna y no le faltaba razón. Iravan la amaba con todo su ser desde su primer encuentro y para él también su nombre tuvo siempre el significado ideal, Taj significa Corona, y Hardik “del amor” él interpretaba esto como la reina o diosa del amor y Taj se había ganado perfectamente ese seudónimo a pulso a lo largo de su vida juntos.

−Cómo te encuentras cariño −le dijo Taj susurrándole al oído.

Él pudo sentir el calor de su aliento, le llegó el olor de su cuerpo recién duchado, la dulzura de sus palabras lo envolvieron como siempre que sucedía algo así, sus músculos se paralizaron, no se atrevía a moverse para que los labios de ella siguieran rozando su oreja, había apoyado sus manos sobre sus hombros desde atrás y se había inclinado sobre él con una flexión casi imposible. La melena de Taj cayó hacia un lado cuando se separó y siguió mirándolo de cerca. La noche estaba despuntando, la luna en el horizonte empezaba a salir pero todavía con los tonos rojo oscuros que le confería la puesta de sol de aquel maravilloso país.

Es hermosa, muy hermosa, pensó Iravan. La miró con todo el amor que fluía de su cuerpo y se volvió a enamorar de ella como había hecho cada día de su vida.

−¿Qué miras tonto? −replicó Taj mientras se sentaba frente a él y notaba los ojos de su amado clavados en su cuerpo.

Ella llevaba puesto un vestido muy corto y blanco de tirantes rectos y caja cuadrada que dejaba imaginar sus hermosos pechos y que además al sentarse en el amplio sofá de piel blanca de la terraza, dejó claramente a la vista sus largas piernas doradas y bien torneadas para martirio o disfrute de Iravan.

−¿Qué quieres que mire? −dijo él− ¿Qué crees tú que puedo mirar estando tú delante?

−No lo sé, ¿la puesta de sol? ¿Quizás?

−No −dijo Iravan sonriendo− bien sabes que prefiero la luz de tus ojos.

−¿Bajamos a cenar? −dijo ella, torciendo suavemente su delicado cuello y dibujando una pícara sonrisa.

−Sí bajemos −le respondió él.

−Y cuándo ¿antes o después? −dijo Taj, ondulando sus carnosos labios ya pintados con un color crema suave.

Había bajado la cabeza levemente y había vuelto a levantarla despacio, sin prisa, abriendo sus ojos a la vez y dejando ver la profundidad de su color verde con ese anillo de un verde aún más intenso a su alrededor que los hacía diferentes a los del resto de los mortales. Esbozó la más atractiva de sus sonrisas y movió su pelo hacia atrás con su delicado dedo corazón.

No tuvo que mandarle más señales. Se levantó, la cogió por sus manos con suavidad y la ayudó a levantarse, la estrechó por la cintura e inició unos pasos de baile al son de una de las melodías que sonaba en su equipo de música en esos momentos. Bailaron despacio durante un largo rato, muy abrazados, se besaron a la luz de la luna, y para cuando sonaba By the way that you are, su canción preferida, ya habían caído en el diván lanzándose a una apasionada noche de amor. Horas después los dos entraron en un profundo sueño mecidos por el cálido viento del golfo.

Yo soy Iravan Sadhil y en ese momento de mi vida creía tener más suerte que nadie en este mundo. Abrí los ojos y ahí estaba ella, dormida en el espléndido diván de nuestro lujoso apartamento, no lo había soñado, me levanté con cuidado y me encaminé hacia el borde de la terraza y allí durante un buen rato parecía que el mundo estaba a mis pies. Aunque con las luces propias de la noche, podía imaginar mi propia posición en el centro de la tierra, que aquella noche estrellada parecía girar usando mi cuerpo como eje principal.

Miré al frente, al horizonte más lejano, sabía perfectamente que si trazaba una línea imaginaria totalmente recta que uniera la terraza de nuestra casa en Burj Al Arab allí en Dubai, con nuestro centro de trabajo en los Laboratorio de Nano Robótica avanzada de la Universidad Carnegie Mellon en Qatar y la proyectara siguiendo su rectitud, dicha línea hubiera pasado exactamente por Jerusalén en Israel, por Herakleion en Creta, y hubiera llegado a Córdoba en España. Y por el otro lado, si no me moviese ni un solo milímetro, y tuviese un ojo en la nuca como el gigante Argos, la línea resultante continuación exacta de aquella primera, llegaría hasta Anuradhapura en Sri Lanka, donde Taj y yo nos conocimos no sin antes pasar por Madurai mi ciudad de nacimiento. Aquel trayecto en un viaje hipotético hubiese sido exactamente de nueve mil kilómetros. Por fin tenía todo sentido en este mundo. Por fin veía y entendía las señales, las veía y creía en ellas como nadie en este mundo, pero todavía no estaba cerrado el círculo, quedaba sólo un trabajo por hacer y pronto estaría a punto de terminarse.

Volví la cabeza después de todas mis reflexiones y allí seguía ella, con sus ojos cerrados, grandes como planetas de aguas de color esmeralda. Su cuerpo desnudo con sus treinta y ocho años seguía siendo todo un espectáculo, un pecado venial o quizás mortal.

Me dirigí hacia ella mientras me volvía a regocijar en mi suerte, todo en la vida me iba bien y tenía que disfrutar de aquel momento de triunfo en el que el mayor de los trofeos imaginables estaba ahora ante mí. Desperté a Taj con cuidado y aún medio adormilada la acompañé dentro del apartamento, a aquella altura de la noche empezaba a correr algo de fresco en la terraza. Mientras la conducía a paso lento hasta el dormitorio me ayudó la luz tenue que iluminaba la vitrina donde guardábamos los objetos que evocaban nuestros mejores recuerdos.

Aquella vitrina que mantenía el grado exacto de temperatura y humedad para la conservación de nuestros preciados tesoros, contenía una serie de objetos que eran el resumen de nuestra vida y el resultado de los trabajos de investigación que Taj y yo llevábamos a cabo desde que encontramos “el libro”. Una punta de lanza de sílice negro a la izquierda y a la derecha un brazalete de oro bruñido junto a un disco de arcilla cocida con inscripciones realizadas a mano, y en el centro ocupando el lugar de honor que les correspondía por derecho propio, nuestros dos tesoros más preciados. De un lado “EL LIBRO” como le llamábamos nosotros, una reliquia con casi mil años de antigüedad, cuyo título real era “El Nuevo Génesis” y en cuya portada se podía ver dos ángeles cogidos de la mano, y del otro, un antiguo anillo de oro con una esmeralda perfecta con forma de corazón engarzada en oro blanco, sobre la esmeralda había una pequeña corona de diamantes muy pequeños y todo ello estaba rodeado a su vez por once diamantes más de un tamaño mayor, ese sello central lo sujetaban dos manos que parecían mostrar el corazón al mundo, los Irlandeses llamaban a este anillo el Anillo de Claddagh y entregaban réplicas en plata y oro como símbolo de una fuerte amistad o amor, pero yo estaba muy orgullosos de haberle regalado a Taj el anillo original cuando ella sólo tenía diecisiete años. Era un anillo con mucha simbología, la leyenda irlandesa decía que en el siglo XVII un hombre de la aldea de Galway, en la costa de Irlanda, tuvo que emigrar a las Indias Orientales para conseguir dinero y poder casarse a la vuelta con su amada. Pero de regreso de las Indias su barco fue capturado y Richard Joyce, que así se llamaba este hombre, fue vendido como esclavo a un orfebre musulmán de Argelia, donde aprendió el oficio de su dueño. Cuando Guillermo III subió al trono de Inglaterra solicitó a los musulmanes la liberación de todos los prisioneros súbditos de la Gran Bretaña. Los musulmanes accedieron y Richard quedó libre tras catorce años de cautiverio. Pero el joyero, su dueño, que ya respetaba a Richard Joyce por su habilidad en la orfebrería, le ofreció la mitad de su fortuna y la mano de su hija en matrimonio si se quedaba con él, oferta que Richard declinó porque el amor por su amada era mucho más fuerte que todo el oro del mundo, que regreso a Irlanda en cuanto le fue posible.

Dice también la leyenda que durante todo ese tiempo, Richard no olvidó ni un solo segundo a la mujer que amaba y diseñó un anillo como símbolo de su amor por ella, el anillo de Claddagh, que se llama así por ser el lugar donde reencontró a su amada. El anillo se caracteriza por la simbología que lleva implícita. El corazón simboliza el amor, las manos la amistad y la corona la lealtad y la fidelidad. Y su lema es:

«Let love and friendship reign»

«Deja que la amistad y el amor reinen»

Abstraído en aquellos pensamientos me retrasé un poco, y cuando llegué al dormitorio todavía con el recuerdo de aquel anillo en mi cabeza, Taj ya estaba en la cama, la miré tendida dándole el reflejo de la gran luna que se asomaba a nuestra ventana y la suma de las dos cosas me trajo buenos y dulces recuerdos. Recordé por ejemplo, aquel día en que le regalé el anillo de Claddagh, y dándole vueltas también recordé como llegó ese anillo a mis manos. Aquella vieja leyenda Irlandesa no era del todo cierta, aunque sí gran parte de ella y es que yo soñé una vez con esta historia cuando aún no la conocía y ahora puedo decir cómo pasó todo en realidad.

## La historia del Anillo

### País: La India - Lugar: Madurai

#### Año 3180 (d.C.) Veintitrés años antes

Yo era por aquel entonces muy joven, tenía tan sólo diecisiete años. Todo empezó en una noche de verano de las más bochornosas de mi tierra natal allá en Madurai, la India. Aquella noche no podía dormir de ninguna manera, la fiesta que habían dado mis padres me había dado dolor de cabeza, todavía tenía el ruido zumbando en mis oídos; los saludos, las presentaciones y la música alta me ponían siempre algo estresado, sobre todo cuando la fiesta no era de mi agrado, así que salté de la cama y me preparé para dar un largo paseo que en aquellas circunstancias era lo único capaz de relajarme. Lo hacía de vez en cuando, me gustaba pasear por mi ciudad; a veces sólo andaba admirando monumentos, tiendas o tenderetes que se mantenían abiertos hasta largas horas de la madrugada, otras hacía footing, en cuyo caso elegía itinerarios más solitarios donde no me molestara el ir y venir de los transeúntes, pero aquella no era precisamente la noche ideal para esto último, y de todas forma eligiera el camino que eligiera, a esas horas de la noche seguro que las calles estarían ya bastante despejadas.

Me dirigí hacia el casco antiguo de Madurai, aquel era uno de los lugares más bellos de la tierra, no en vano lo llamaban la Atenas de Oriente. A mí me gustaba pasear por la noche por aquel lugar porque su iluminación, su olor y sus preciosos edificios y templos me daban tranquilidad y sosiego, me relajaban, me transportaban a tiempos pasados y me hacían plantearme interrogantes como el que me rondaba constantemente la cabeza, «¿cómo en esos tiempos habrían logrado hacer semejantes obras de arte?»

Yo vivía cerca de allí, en un edificio muy antiguo que mis padres habían comprado y rehabilitado años antes para el uso como vivienda habitual de nuestra familia. En su tiempo fue un colegio, el Colegio Americano, fundado en 1841 por una orden religiosa, más tarde fue la primera universidad de la India y de allí salieron los mejores científicos de oriente de aquel momento, quizás por eso, por todo lo que allí había quedado imbuido entre sus paredes, había salido yo con el interés científico que no había heredado precisamente de mi padre, al que sólo le interesaba el mundo de los negocios. Era un edificio inmenso de ladrillo rojo, con multitud de torretas alrededor de su cubierta, de estilo inglés pero con cierto regusto hindú y rodeado de jardines. Estaba situado en la calle Panagal, cruce con SH72 y mi paseo siempre comenzaba bajando la 72 hasta el Victor Bridge que cruzaba el rio Vaigai y que en dos minutos me dejaba prácticamente en el casco antiguo a tan sólo 700 metros de mi casa.

Cruzado ya el puente tomé por la calle NH49 para luego torcer a la derecha en Munichalai, crucé Machi, continué por Nappalaya y allí estaba esperándome como cada noche, iluminado en tonos fuego, mi templo preferido en el mundo, el templo Meenakshi con sus doce magnificas e imponentes torres, la más alta de ellas con cincuenta metros de altura y todas ellas adornadas con potentes luces blancas sobre sus cúspides, luces destellantes que brillaban simulando estrellas en el cielo. Después de volver a admirar durante unos segundos su magnitud y su belleza externa, crucé la más cercana de sus cuatro entradas y me adentré por sus calles silenciosas.

El templo durante el día era un lugar bullicioso lleno de peregrinos y turistas de todo el mundo. Éstos últimos intentaban en vano ver una a una las miles de figuras humanas, o mitad humana mitad animal que llenaban por completo cada una de las fachadas de los edificios y sus torres. Pronto se daban cuenta que era misión imposible y que por mucho que lo intentara ninguna persona lo hubiese conseguido en una sola visita.

Pero a mí no me interesaba ese examen tan minucioso, me conformaba con vivir de los sentidos, hubiera disfrutado de aquello aunque hubiese estado ciego, me entraban por los cuatro costados las historias guardadas en aquel lugar. Me dirigí a la balconada que da al lago con sus columnas centrales doradas, me situé en la fachada sur desde donde también podían verse todas las torres del templo y estuve un largo rato meditando. El aire que corría por el largo pasillo que entre columnas dejaba el lago en el centro me llegaba fresco aunque la noche se antojaba calurosa. Algunos monos dormían en lo alto de los capiteles, otros en los tejados y muchos hasta en el suelo del propio pasillo, sin importarles demasiado mi presencia. El techo del pasillo estaba levemente iluminado por la luz que le llegaba de la plaza del estanque y dejaba entrever el colorido intenso de miles de flores y rosetones tan sólo entrecortadas de vez en cuando por algún círculo dedicado al elefante. Cuando me llené a rebosar por ese ambiente impregnado de aromas, me encaminé lenta y silenciosamente a la entrada del propio templo, y recuerdo como si fuese hoy que nada más entrar entre las mastodónticas columnas de la inmensa nave central caí fulminado al suelo sin que aparentemente nada ni nadie hubiera participado de aquel accidente.

Quedé inconsciente durante un tiempo que no pude precisar, sin embargo percibía sensaciones, me daba cuenta de mi posición, estaba boca abajo, con la cabeza hacia un lado y muy dolorida, la sangre me corría caliente por mi cara y llegaba hasta mi boca. Y de pronto desperté de mi inconciencia cuando oí una voz clara y potente que decía:

−Despertad a ese insolente.

Qué era aquello, quién me había golpeado, dónde estaba y qué había pasado. Quería responderme a muchas preguntas y mi cabeza no lograba centrarse, cuando volví a oír la misma voz que decía:

−Levantadlo he dicho.

De golpe me vi en volandas sujeto por dos hombres que me cogían por debajo de las axilas, los pies no podía enderezarlos y las puntas se me habían quedado dobladas hacia atrás y mis dedos rozaban dolorosamente el suelo de adoquines de ese lugar.

−Ponte en pie, −dijo en voz baja el que tenía a mi derecha.

Traté de girar mi cabeza hacia ese lado pero me fue imposible y sólo conseguí apenas una ligera torsión que no me dio para verle la cara.

−Te he dicho que te pongas en pie, −lo oí volver a decir en un idioma que entendía pero que sin duda no era el mío. Intenté elevar las piernas para que la planta de los pies me sujetara pero no podía, sinceramente me era imposible moverlas, el golpe de la cabeza debió haber sido terrible porque de cintura para abajo no sentía nada, salvo dolor, el dolor de mis magulladuras.

El que tenía a mi izquierda, menos comprensivo que el primero, me dio un golpe tremendo en el estómago con su puño cerrado que me hizo levantar el cuerpo dos palmos del suelo.

−Levántate, gritó con fuerza inmediatamente después del duro golpe.

Levanté como pude la vista al frente, la sangre corría por mi frente y caía caliente por mi cara goteando desde mis pestañas, la visión era borrosa pero por primera vez pude ver algo, y para mi desconcierto pude distinguir como al menos un centenar de personas formaban a un lado y a otro de la nave central del templo, y en el centro, una gran silla con asiento de cuero repujado y respaldar del mismo cuero parecía esperar que un hombre alto y delgado que daba paseos de un lugar para otro se sentara. Por fin lo hizo, y casi a la vez, aquellos que me sujetaban me pusieron en pie de un fuerte tirón, claramente atenazados por el miedo.

−¿Qué te dije? –oí decir a aquel hombre sentado ya en la silla y con un tono desafiante y enfadado− Dime, ¿Qué te dije? –repitió más alto aún.

Miré a un lado y a otro no sin esfuerzo, no sabía con quién hablaba aquel hombre e intentaba adivinar a quién se dirigía, aunque empezaba a temerme que se estaba dirigiendo a mí.

El hombre que me sujetaba por mi derecha, al cual pude ver con más de claridad, me dijo en voz baja:

−Respóndele al señor Qutb−ud−din Aybak, respóndele o perderás la vida aquí mismo.

Mi cabeza se estaba despejando, empezaba a ver con más claridad y sin la nebulosa inicial con la que había despertado. La sangre de mi cabeza estaba cuajando y dejaba de chorrear por mi frente, miré hacia arriba y por fin me di cuenta que no estaba ya en el templo Meenakshi. Sí, sí, sin duda era un templo también, pero no el de Meenakshi, sus techos no eran de colores, no había figuras en las columnas, era un templo distinto con construcción distinta y formas distintas. En el centro de aquel templo y justo detrás de la silla, había una columna negra, solitaria, que nada soportaba y que se erguía siete metros hacia arriba sin llegar a tocar el techo. Aquel pilar lo reconocí de inmediato, lo había visitado con mis padres no hacía ni dos años, se trataba del pilar de hierro de Delhi, un pilar de hierro macizo de siete metros y seis toneladas de peso, según me había contado mi propio padre. Ese pilar lo había visto en una explanada en el complejo de Qutb, un complejo de edificaciones musulmanas de la antigüedad situado en Delhi, no muy lejos de Nueva Delhi capital, lugar al que había ido de visita con ellos.

Lo recordaba bien; todavía tenía fresco lo que me contó mi padre delante de esta columna de hierro:

−Hijo, este pilar de hierro es uno de los fenómenos metalúrgicos más curiosos del mundo. Mide siete metros y pesa 6.000 kilos, ¿Qué te parece?

Recuerdo que yo callé y miré el pilar con toda la cara de admiración que pude poner, y él, conforme con mi expresión, continuó:

−Fue construido durante el Imperio Mauryan en el siglo VI, y es la única pieza que queda del antiguo templo hinduista que había aquí mismo y que los musulmanes destruyeron para hacer aquí su mezquita.

−Pero mírala bien hijo, mírala, porque esta simple columna hecha con hierro forjado con el 98 % de pureza, nos enseña dos cosas muy importantes, la primera, nuestra supremacía en el conocimiento de los materiales, ten en cuenta que se construyó en tiempos del rey Chandragupta II que reinó entre el 375−413 d.C o sea que hoy tiene 2.800 años aproximadamente, y observa Iravan, ni un rasguño, ni un poco de óxido, esto ha llamado la atención de todos los arqueólogos y metalúrgicos del mundo durante toda la historia.

−¿Y la segunda papá? ¿Cuál es la segunda? –Pregunté, ahora mucho más impaciente.

−La segunda y mucho más importante, es que esta columna demuestra que la única religión que perdura y perdurará por siempre, es la basada en el amor, el respeto y la justicia. Esta columna representa nuestra religión sagrada, con ella no pudieron ninguno de los intentos por doblegarla, que fueron muchos.

Mi padre guardó silencio durante un buen rato, leímos la inscripción en la que se explicaba que fue construido como un homenaje al dios Vishnú, por el rey Chandragupta II y luego volvió a hablar.

−Mira a tu alrededor hijo ¿ves algo sobre tu cabeza?

−No, papá.

−Pues en torno a esta columna construyó su mezquita el sultán Qutb−ud−din Aybak, primer gobernante de la dinastía de los esclavos o de los mamelucos, como se le llamó en los libros de historia ¿y ahora qué hay de ella hijo? Yo te respondo: nada, absolutamente nada, sólo esta maravillosa columna que no quiso tener la sombra perpetua del símbolo de una religión agresora que quiso acabar con ella.

Yo atendí a mi padre ahora muy asombrado de sus conocimientos históricos, ¡y yo que creía hasta entonces que sólo sabía de comprar y vender empresas.

−Esta es la verdad hijo, esta es la única verdad, el hinduismo es sanātana dharma o vaidika dharma que en sánscrito significa la religión eterna o la religión verdadera.

De nuevo regresé a la realidad y me pregunté, ¿pero entonces, qué hace ese pilar dentro de este templo tan extraño al que me han traído, sin duda secuestrado? Pero cuando estaba en estas reflexiones volví a oír al hombre delgado que parecía el jefe de todos los demás.

−Te lo dije, te dije que te mataría si volvías a intentar escapar, y tú ¿qué haces? te empeñas en que te mate. No me das más que disgustos.

Y entonces sucedió, sentí en mi celebro un clic que me dejó seco de pensamiento un instante, sin recuerdos al siguiente, y de golpe lo tenía todo claro de nuevo pero en una realidad totalmente distinta, ¿era yo?, «sí», pero en otro tiempo, con otra vestimenta y siendo una persona totalmente distinta, una especie de viaje en el tiempo para ocupar un cuerpo que sin ser el mío contenía mi espíritu y mi esencia como persona o eso pensé en ese momento. Mientras tanto, unos pensamientos se convertían en palabras y salían de mi interior como en tantas otras ocasiones en los doce años que en esta realidad, llevaba como esclavo.

−Me llamo Richard Joyce, soy irlandés del pueblo de Galway y quiero volver a mi tierra con mi mujer.

Y volví a oír la voz de Qutb.

−Tienes suerte, mucha suerte de que te vendiera a ese viejo avaro al que le debo tantas de mis joyas preferidas. De no ser así te hubiese matado hace tiempo en tu primer intento de fuga. ¿Me oyes?− Esa última pregunta la gritó con todas sus fuerzas, tantas que su voz retumbó en el templo tropezando en las paredes y devolviendo ecos que se empecinaban en volver continuamente a mis oídos una vez y otra para atormentarme.

Guardó silencio un instante, tiempo en el que aproveché para intentar reponer mi orgullo maltrecho, pero no me dio demasiado tiempo, en seguida continué escuchando aquella voz.

−Pero te prometo que no te traerán más ante mí por este motivo, te lo prometo. −Dijo con voz fuerte aunque susurrante, y un momento después dictó su macabra sentencia− cortadle los pies a la altura de los tobillos, que no pueda levantarse del banco de trabajo del viejo orfebre y que nadie le haga jamás unas muletas ni permita que se las haga él mismo, bajo pena de muerte. He dicho.

Mientras tanto, yo seguía repitiendo casi para mí.

−Me llamo Richard Joyce, soy irlandés del pueblo de Galway y quiero volver a mi tierra con mi mujer.

Y él siguió con su orden.

−Lleváoslo y hacedlo ahora mismo, y que no pierda la vida, el viejo necesita sus manos para realizar esas delicadas joyas que sabe construir.

Los dos soldados con armadura me arrastraron a empujones hacia la puerta que había a mis espaldas, pero de repente me salió la voz del cuerpo con más fuerza y grité:

−Qutb−ud−din Aybak, gran Sultán de la dinastía de los Mamelucos.

Todo quedó en silencio a mí alrededor, los soldados formados junto a las paredes no movían ni un músculo, ya llevaban tiempo sobrecogidos y ahora esto los descolocó aún más; los que me arrastraban se quedaron estupefactos, sin atreverse a decir nada. Yo aproveché ese momento de desconcierto y seguí hablando.

−De la tribu de los Aybak, −grité con todas las fuerzas que me fue posible− tú, Qutb−ud−din Aybak, que fuiste esclavo de niño, tú que fuiste comprado por el jefe Qazi de Nishapur, que te trató como si fueras su propio hijo, que fuiste traicionado y volviste a ser vendido.

A esas alturas la gente estaba segura de mi muerte instantánea, Qutb sujetaba una lanza que había arrebatado a uno de sus guardias. Los dos que me sujetaban miraban de reojo hacia atrás por temor a que errara el tiro y les matara a uno de ellos, seguros ya, de que intentaría atravesarme con ella.

−Vas a morir esclavo de mierda, me dijo en voz baja el más sanguinario de los que me sujetaban de espaldas a mi ejecutor.

Pero yo seguí empecinado con mis pensamientos.

−Me llamo Richard Joyce, soy irlandés del pueblo de Galway y quiero volver a mi tierra con mi mujer, y si no vuelvo vivo volverá mi espíritu y permaneceré a su lado y el día del juicio final resucitaremos entre los muertos y seré feliz porque siempre hice aquello que debía hacer cuando debí hacerlo y no tendré nada de que arrepentirme. –y luego repetí en mi mente machaconamente− «Me llamo Richard Joyce, soy irlandés y amo a mi mujer por encima de todas las cosas y no permaneceré aquí aunque me corten la cabeza.»

Y con aquellos pensamientos en mi cabeza, seguí con mi letanía en voz alta.

−Tu Qutb−ud−din Aybak, que fuiste vuelto a comprar por el sultán Gurida Mu`izz al−Dîn Muhammad Gūrī que conquistó Afganistán, Pakistán, Turkistán y el norte de la India y todo lo puso a tus pies aunque seguías siendo un esclavo.

Esperé un momento dejándole un instante para reflexionar, e inmediatamente después grité con todas mis fuerzas:

−Tú, que conociste la esclavitud de la manera más humana, ¿eres ahora el Sultán de la dinastía de los esclavos? y además ¿estás orgulloso de ello? Qué vergüenza para tu raza, que poco debiste aprender.

A Qutb le temblaba la barbilla, la lanza la tenía apuntando ya a mi espalda, creo que no tiró por curiosidad de ver en que acababan mis frases.

−Tú tratas de cortarle los pies a un pobre irlandés por el delito cometido de amar −dije en tono más bajo− y yo a cambio te perdono por lo que vas a hacer. Prefiero morir ya y ahora y ver a mi amada en la próxima vida, que seguir en este confín del mundo sin ella. ¡Tira tu lanza y mátame! −dije mirando hacia atrás como pude− Dame el gusto de morir habiendo amado y perdonando a mi ejecutor.

−Volvedle, dijo el Sultán, quiero verle la cara.

Iba a matarme y quería ver mi cara de sufrimiento, estaba seguro. Me hundí de nuevo en mis pensamientos.

−«Playa de Claddagh, con su arenas frías junto al lecho del río Corrib, cuyas aguas bajan a una velocidad vertiginosa por la montaña despiadada y vienen a desembocar en aquella mi playa preferida» −y seguí pensando en mi amada− «Aoife, amada mía ya no esperarás mucho más, vuelvo contigo, espérame en sus orillas, que llega mi alma, te lo prometí y ahora por fin lo cumpliré. Te quiero».

Estaba preparado para morir, ahora estaba de verdad preparado y deseando morir, había comprendido la única verdad y es que sólo el amor nos mantiene vivos y que si no hay amor en esta vida, mejor huir pronto a la siguiente. Estaba en ese pensamiento cuando escuché.

−Repite la última frase, dijo con tono firme Qutb.

Repetí la frase seguro de lo que iba a pasar después.

−Yo te perdono, −le dije− puedes matarme que dios no te castigará por mi culpa.

Qutb bajó primero la lanza y luego la dejó caer al suelo, dio unos pasos hacia adelante y dijo:

−Eres valiente −dijo− en verdad que eres valiente incluso ante la misma muerte, no te dejas derrotar tan fácilmente ¿verdad?, tú eres de los que ganan después de muertos. Hacía tiempo que no me tropezaba con alguien como tú.

−Entonces unió sus manos por los dedos pulgares y los índices subiéndolas hasta el centro de su pecho, y continuó− ha sido una lástima que un hombre con el corazón tan puro y tan lleno de amor como el tuyo haya estado tanto tiempo como esclavo. Perdóname tú a mí por mi ira por favor y vete en paz con tu amada.

Yo me quedé estupefacto, no me atrevía a decir ni hacer nada y como no cambiaba mi actitud Qutb volvió a hablar

−Ven, acércate.

Intenté moverme por mi cuenta, pero todo me dolía, fui arrastrando los pies unos metros pero estuve a punto de caer, él se encaminó rápido y me sujetó con sus propias manos.

−Toma, y me alargó una bolsita cuyo contenido descubrí más adelante, se trataba de diamantes y esmeraldas.

−Dejad a este hombre libre, llevadlo hasta Túnez y embarcarlo a Hispania, hasta Curduba, para que desde allí vuelva a Irlanda, dadle también una bolsa con oro suficiente para el resto de sus días.

−Gracias señor, le dije.

−Dáselas a tu corazón que es el corazón de un rey y a tu amor por ella, que me ha conmovido.

−Haz con las joyas que te he dado una alianza y regálasela cuando llegues y dile de mi parte, que un esclavo de la ira y del poder te las dio en un intento desesperado por su salvación.

Todo aquello me hizo cuajar una idea, una idea que debía plasmar en lo que mejor sabía hacer. Regresé al taller de mi viejo dueño, el cual ya sabía de mi nueva situación y comencé mi último trabajo ante aquel banco de trabajo. Diseñé y confeccioné dos anillos exactamente iguales, los dos tenían una esmeralda en forma de corazón en el centro, rodeada por once diamantes y con una corona en su parte superior con veintiún diamante más, y por fin como aro hice las dos manos del sultán enmarcando su propio corazón regente, en la misma postura en la que me regaló mi libertad. Antes de mi marcha pedí audiencia con él y le entregué una de las joyas.

Él quedó muy impresionado por el regalo que por supuesto no esperaba y me preguntó por su simbolismo. Le expliqué que con el corazón había querido simbolizar el amor al prójimo, a tu amigo, a tu enemigo, a tu mujer, a las criaturas vivientes, a los árboles y a las piedras y a todo lo que nos rodea, le dije que el amor debía ser el motor del mundo. El miedo, la ira, y todos los demás castigos del alma del hombre desaparecen cuando el hombre reflexiona y se da cuenta de esto. Después le dije que las manos eran las manos de la amistad, del compañerismo, de la ayuda al prójimo, de la protección al desvalido, del abrazo, del aquí estoy yo para siempre y por último le expliqué que la corona reflejaba, la lealtad, la fidelidad, el respeto mutuo, la justicia y el honor.

Me dijo que era mucha responsabilidad recibir aquel regalo tan cargado de simbolismos y yo le dije que a nadie mejor que a él para hacerle este regalo, que él, que había sido un esclavo comprendería todo aquello mejor que nadie, porque sólo el que primero fue libre y luego perdió su libertad tiene la posibilidad de coger dos caminos, el de la ira y la venganza o el del reconocimiento de que la vida es tan importante que no merece la pena perderla con semejante compañía.

Me despedí de él aquel día diciéndole:

−Yo te perdoné por lo que no llegaste a hacer, perdóname tú por lo que yo, sí que he hecho contigo.

−¿Qué has hecho tú conmigo? –preguntó.

−Te he devuelto al más duro de los caminos. El del amor al prójimo en cualquier circunstancia, sin preguntas, sin intercambios, sin premisas previas.

Todavía estuve allí un tiempo más, mientras se preparaba mi largo retorno, y en una mañana preciosa del frio mes de febrero de 1210, catorce años después de mi captura, regresé a las playas de Claddagh con sus piedras negras y frías. Mi mano cerrada y en el interior el anillo de mi fe ciega en el amor y la amistad.

Nada más llegar, pude ver de lejos a mi amada, Aoife, que me esperaba al borde del pequeño acantilado y que como el faro que espera a cada uno de los barcos que protege, iluminó durante catorce años aquella playa para que yo encontrara el camino para regresar.

Y yo me repetí.

−Me llamo Richard Joyce, soy irlandés y amo a mi mujer por encima de todas las cosas y no la dejaré ni un solo minuto de mi vida, ni en mil vidas venideras.

Con aquella frase retumbando todavía en mi cabeza, desperté de lo que podría haber sido una alucinación provocada por el tremendo golpe, o por fiebre alta o por cualquier cosa así, pero había sido demasiado real, todavía tenía frescas las sensaciones y como prueba, parecía que me había traído algo material en la mano, tenía el puño apretado con todas mis fuerzas y parecía tener algo dentro, abrí la mano con desesperación para ver que era, pero no encontré nada, salvo una marca bastante clara con forma de corazón grabada por la presión de mis propios músculos en la palma de mi mano. Pensativo y destrozado regresé a mi casa en el antiguo American College de Madurai.

Hasta seis veces más me transporté hasta aquella vivencia en Delhi, que para colmo de mi perturbación, no fue ni mucho menos la única a lo largo de mi juventud. Tuve muchas más, todas distintas en tiempo y forma pero tan reales como la primera. Tan reales y dejando tanta huella en mí, que llegué a pensar que me estaba volviendo loco de atar. De algún modo tenía que terminar con aquellos delirios que me arrastraban a vivir otras vidas; el realismo con el que las vivía me daba verdadero miedo, sobre todo de pensar que mi locura me haría terminar en un manicomio; llegó un momento en el que no podía más y decidí demostrarme a mí mismo que no estaba loco, creía que la mejor manera de hacerlo era comprobar de algún modo que aquello que sufría continuamente eran algún tipo de viajes en el tiempo, si lo conseguía quizás dejarían de producirse y si no lo conseguía tendría que tratarme de mis alucinaciones. Pensé entonces que dado que mis viajes eran siempre al pasado, y que en ese pasado veía a personas y cosas, bien podía marcarme un propósito, podría intentar realizar la búsqueda de algo, algún objeto que en mis alucinaciones hubiese visto o poseído y que sólo yo supiera exactamente dónde esconderlo en una de mis alucinaciones y cómo encontrarlo en la realidad actual. Además debía ser algo que pudiera perdurar en el tiempo y que nadie más supiera de su existencia.

Quizás mis ganas por salvarme de esos miedos o tal vez simplemente la suerte que jugó a mi favor, el caso fue que pasó muy poco tiempo hasta que simplemente lo conseguí.

## Como conocí a una Diosa

### País: Sri Lanka - Lugar: Anuradhapura

#### Año: 3182 (d.C.) Dos años después

En el año tres mil ciento ochenta y dos, cuando estaba a punto de cumplir mí veinteavo cumpleaños, fui de excursión con un grupo de amigos a Sri Lanka. La excursión planeada en principio para siete días, prometía ser productiva y a su vez divertida. La antigua Ceylan llamada poéticamente la lágrima de la India, (por su situación y su forma) era una auténtica desconocida para mí, ya que a pesar de que a mis diecinueve años había recorrido gran parte del mundo, «gracias al desmesurado afán viajero de mi padre», no había estado nunca en aquella isla tan cercana de nuestra vivienda habitual. Además el viaje tenía mucha mejor pinta, gracias a que en esta ocasión sería una de las pocas en que sería totalmente independiente, sin vigilancia paterna, ni guardaespaldas ni mío ni de ninguno de mis amigos. Los tiempos no estaban para eso, pero tratándose de Sri Lanka, un lugar tan cercano y a su vez aislado, pudimos conseguir hacer de verdad de aquel viaje una verdadera aventura de amigos que no tienen que rendir cuentas a nadie.

Nos llevó el helicóptero de mi padre, un Kamov Ka−3−64 de alta velocidad, con capacidad para veinte pasajeros y una velocidad de crucero de mil kilómetros por hora. Desde Madurai en la India, a Colombo, capital de Sri Lanka, sólo hay unos cuatrocientos kilómetros, en los cuales se invierte algo más de media hora. Así que salimos después del desayuno, sobre las nueve de la mañana y para las diez ya habíamos alquilado un todo terreno que nos ayudaría a recorrer toda Sri Lanka.

Teníamos el recorrido perfectamente estudiado. Uno de mis amigos ya conocía algo de aquel país.

No pararíamos en Colombo capital, demasiada industria y comercio, buscábamos tranquilidad sobre todo, así que nos fuimos directamente a las playas de Negombo y estuvimos todo el primer día bañándonos en las cálidas aguas del Océano Indico.

Al día siguiente nos dirigimos directamente hasta Anuradhapura, la ciudad más antigua de Sri Lanka. Allí pretendíamos ver todos sus monumentos y pagodas posibles. Pero lo que no podía saber es que allí me esperaba una sorpresa mucho mayor, algo que ni en mil sueños o alucinaciones de aquellas que tan a menudo padecía, hubiese podido imaginar.

Todo comenzó ese día cuando estábamos en la Dagoba Ruwanweliseeya, una chica de unos 14 o 15 años apareció entre la multitud que admiraba la Dagoda y se plantó ante nosotros, la reconocí de inmediato, la había visto y la tenía grabada a fuego en mi mente, la vi, como vi aquel precioso faro en Irlanda anunciando mi regreso junto a la playa de Claddagh, no tenía la misma cara que Aoife, ni tampoco el mismo cuerpo, pero era ella, estaba totalmente seguro. Algo en mi corazón me decía que era ella.

Se acercó al grupo y todos nos fuimos quedando atrapados con sus andares. Casi flotaba por debajo de su falda, lucía una larga trenza que le llegaba por la cintura, el cuerpo escultural, divino, pensamos todos a la vez, pero sólo hasta que nos engancharon sus ojos. Cuando nos miró todos nos quedamos inmóviles e hipnotizados, sólo movíamos el cuello como palomos mirando el trozo de pan que el dueño le enseña. Mientras, ella nos miraba uno a uno y nosotros sólo a ella, su mirada se paró en la mía. Llevaba un libro entre sus manos, y cuando yo más enganchado estaba a su mirada, ella dio un paso hacia mí y dijo.

−No sé quién eres, pero te he visto en mis sueños, y esperaba que algún día aparecieses. Hoy te he visto pasar por mi casa, te vi desde mi ventana y te he seguido hasta aquí. Quiero regalarte este antiguo libro, léelo, estoy segura de que lo encontrarás muy interesante.

Yo no podía bajar la vista para ver el libro que me acercaba, estaba perdido en sus ojos de color verde profundo, cuajado como un lelo volví a escuchar su voz.

−Toma, cógelo, repitió sonriendo segura de lo que me estaba pasando.

Poco a poco desperté de mi letargo y bajé la vista, justo en el momento que ella depositaba en mis manos un grueso libro con pasta dura en cuero, del que sólo me dio tiempo a ver la ilustración que figuraba en ella, un océano de cuyas aguas azul oscuro emergía un corazón.

−Bueno, pues… gracias −titubeé mientras todavía miraba la portada de ese libro.

Para cuando levanté la mirada ella ya había desaparecido. Caí presa de un ataque de ira conmigo mismo al no verla.

−¿Dónde está?, ¿hacia dónde ha ido?, ¿cómo la habéis dejado marchar? −pregunté aceleradamente.

−¿Hacia dónde ha ido? −repetí− ¿la habéis visto?

−Pues claro, crees que somos tontos, ¡como para no verla!

−Todavía tengo su trasero grabado en mi retina, −dijo uno de ellos.

−No seas obsceno, ¿para dónde se ha marchado? rápido, tengo que encontrarla. −Dije mientras apretaba el paso entre la gente mientras me dirigía en la misma dirección por donde la vi llegar.

−Vamos hombre daos prisa, volví a gritar, dadme una dirección, ¿para dónde?

Pero ya era tarde, la multitud se agolpaba dando vueltas alrededor de la Dagoba y prácticamente no veía mucho más allá de cuatro o cinco cabezas por delante mía.

La había perdido, había perdido a la mujer de mi vida, la que seguro había bajado por Svargarohanam, la escalera del cielo junto al monte cónico, donde Adán puso su primer pie sobre la tierra después de ser expulsado por Dios del Jardín del Edén. Lloré mientras intentaba buscarla entre la gente, pero no la vi, no pude encontrarla y mi corazón lloraba de pena porque mi cerebro no había estado atento a este encuentro tan esperado y la había dejado marchar como un verdadero tonto. Lloré como llora el que pierde a un amigo o a un familiar en una muerte de la que él mismo se siente culpable.

−¿Pero qué te pasa? ¿Te ha entrado polvo en los ojos o es que te has emocionado por ver ese monumento? −me dijo uno de ellos riendo.

−Muy gracioso, −respondí− vámonos, debo volver a casa.

−Pero qué dices hombre, ¿no hablarás en serio? –dijo uno de ellos mientras yo me alejaba a grandes zancadas. Todos protestaron por mi decisión, me tacharon de loco e incluso no me hablaron en toda la tarde, pero no me importó, al día siguiente estábamos de vuelta en Madurai.

## Lectura del Libro y una conversación con Sati

### País: La India - Lugar: Madurai

#### Año 3182 (d.C.) Siete días después

A la semana siguiente ya me había leído cada una de las páginas de aquel libro bastantes veces y había resuelto todos sus enigmas. Para mi sorpresa uno de los capítulos decía como sigue:

PASAJE 4

“Una señal para encontrar el camino”

No recuerdo mucho de esta parte que ahora te cuento en mi libro de los recuerdos, pero quizás tú puedas completarla.

Era un día en el que el sol brillaba en todo lo alto del cielo. Mucha gente comía y bebía alegremente; estábamos en un gran pasillo porticado que tenía una de sus caras abiertas hacia un campo muy extenso de fina hierba. En él corrían ocho caballos con sus jinetes de un lado para otro.

Los jinetes, finamente vestidos y ataviados con turbantes de dos colores distintos, portaban unos largos bastones que manejaban con suma habilidad, golpeando una bola de cuero trenzado que disputaban los dos equipos.

A mi izquierda había un viejo Hindú muy delgado, casi decrépito, de ojos hundidos hasta el cogote, cejas prominentes y pobladas de largas canas que encorvado bajo su joroba me decía:

−Richard, te lo he dicho y lo mantendré hasta el último segundo, quiero que te quedes, ya no eres esclavo lo sé, por eso te ofrezco la mitad de toda mi fortuna y a mi hija para que la desposes.

−Mírala, ¿no es hermosa mi hija Prithika?, ¿no dirás que no es hermosa? –Dijo mientras me empujaba delicadamente en el mentón con su dedo para obligarme a mirar hacia una niña con no mucho más de 12 años que me lanzó su mejor sonrisa.

−Desde luego puedes probarla cuando quieras, irá a tu aposento esta misma noche si tú aceptas el trato que te ofrezco.

Yo apenas lo escuchaba, sólo oía el murmullo de su voz envenenada capaz de cualquier cosa por retener a su mejor obrero. Mientras tanto desde mi interior sólo salía la misma frase.

−Me llamo Richard Joyce, soy irlandés y amo a mi mujer por encima de todas las cosas.

En ese momento, se oyeron muchos gritos, todos corrían hasta el centro del hermoso campo. Un caballo sin su jinete daba brincos como loco de un lado para otro. Yo salté la baranda de mármol del recinto porticado y corrí hacia el centro del campo donde yacía un hombre alto y delgado con el cuello girado de manera extraña. Mi fortaleza y mi decisión por ayudar, me hicieron correr como un gamo y llegar a él antes que nadie, los demás jinetes de aquel juego llamado Pulu, (término tibetano que significa pelota), no atinaron ni tan siquiera a bajar de sus monturas, cuando yo ya sujetaba su cabeza.

−Señor, señor Qutb, despierte por favor −dije con el mejor ánimo que pude− por favor, no me haga esto, despierte por favor.

Los soldados que formaban su escolta personal y que le acompañaban a todos lados, ya me rodeaban e intentaron separarme del hombre accidentado. Pero en ese momento, éste abrió los ojos y dijo débilmente.

−Dejadlo.

Los soldados seguían arrastrándome hacia atrás mientras yo clavaba mis uñas en la hierba para no dejarme arrastrar.

−¡Dejadlo he dicho! −repitió algo más fuerte

Por fin me sentí libre y gateé de nuevo hacia él. Lo sujeté cogiéndole la mano, pero me di cuenta enseguida que había cogido la mano de un moribundo, sin fuerza alguna, desmadejada, relajada como un plomo inerte.

−Richard, ¿estás ahí?

−Sí, mi señor.

−Manda que se retiren todos.

−Fuera, retiraos ha dicho el Sultán. −Mi rabia y sobre todo la palabra Sultán hicieron que todo el mundo diera varios pasos hacia atrás.

−Richard, he muerto, lo sé, me gustaría saber si me habrá dado tiempo a ganar tu cielo en tan poco tiempo.

−No morirás Aibak, estoy aquí a tu lado, cuidaré de ti, te lo prometo.

−No, no prometas lo que no vas a poder cumplir, dijo susurrando ya. –respiró un par de veces roncamente y continuó− Escucha bien lo que te voy a decir y no me interrumpas. Alá me espera y no sé si tu dios también, pero tengo que contarte esto antes de que llegue mi momento. He estado solo toda mi vida, no te puedes imaginar lo solo que se está cuando todo el mundo te adula pero no puedes confiar en nadie; esta es la peor de las soledades, la que el poder te pide como moneda de cambio. Todos han tenido miedo de mi presencia desde hace mucho. Yo fomenté ese miedo y ahora me arrepiento, en realidad me arrepiento hoy de muchos de mis actos.

Guardó silencio un instante y volvió a susurrar aún más bajo, tanto que tuve que pegar la oreja a su boca para oírlo.

−Sólo una persona me ha plantado cara en estos últimos años, sólo una persona y esa eres tú. –me dijo− todavía suena en mi corazón aquella frase empecinada que repetías «Me llamo Richard Joyce ….». Richard, tienes el corazón de un León y eso te honra, me has dado lo que siempre busqué y nunca obtuve.

−Pero ¿Qué te he dado yo señor? −le pregunté sujetando mi pena .

−Alguien a quien respetar. Gracias Richard y ahora toma de mi dedo el anillo que me regalaste .

−No, Aibak, no puedo cogerlo, ahora es el regalo a un amigo y debes quedártelo .

−Donde voy no lo necesito, sin embargo tú si lo necesitarás para encontrar el camino de regreso hasta esta, tu tierra.

−Quiero que subas este anillo al Qutab Minar que está a punto de terminar su construcción.

−Quiero que lo incrustes en la cara oeste, mirando a occidente. Asegúrate de que está bien a la vista su corazón, quiero que sus destellos lleguen hasta las playas de Claddagh y te iluminen el camino. Por si algún día quieres regresar. Cógelo por favor y haz lo que te he dicho.

Le retiré el anillo de su dedo anular con sumo cuidado.

−Prométemelo Richard.

−Te lo prometo Aibak.

−Adiós amigo.

−Adiós señor.

Qutb−ud−din Aybak, el Gran Sultán de la India murió entre mis brazos, como un amigo, confiando en alguien, amando a alguien, dando la oportunidad del reencuentro. Murió un guerrero al que la vida maltrató y la muerte se burló de él llevándoselo en un partido de Pulu, en vez de en una de sus grandes batallas.

−Yo cumplí mi promesa y luego me marché de regreso a Irlanda, pero algo en mi interior, algo muy fuerte me dice…… que un día volveré, guiado por este anillo para reencontrarme conmigo mismo y con mi propia historia.

 «S.365W.W»

Aquí terminaba ese Pasaje cuarto.

−Imposible, −es lo primero que pensé− No puede ser, yo no he leído este libro nunca, no puedo tener alucinaciones de algo que no conozco y está claro que estos personajes son los mismos de mi sueño, la misma historia, ahora más claramente desvelada. Pero no puede ser, no puedo creerlo, no debo creerlo.

Pasé varios días sin querer volver a abrir aquel libro, me parecía demoniaco leer un libro que tú no has escrito y que describa con total fidelidad tus sueños, o que los completen o se refieran a ellos.

Pero al final decidí que tenía que hacerlo, tenía que analizarlo con más profundidad y comprobar si todas aquellas historias podían ser partes de una realidad global, de una ficción inducida o de un acto de brujería. De alguna forma, fuera para bueno o para malo, debía demostrarme que no necesitaba ayuda médica o espiritual, debía encontrar los secretos que guardaba todo aquello si no quería verme pronto en un manicomio o en manos de un exorcista.

Y entre tanto, una cara se repetía constantemente en mi cabeza, la de aquella chica que me entregó el libro, la conocí en Sri Lanka y ahora no podía dejar de pensar en ella, con sólo verla una vez se había convertido en parte de mí y sólo unas horas después de conocerla ya había comprendido que no podría vivir el resto de mis días si no era a su lado. Tenía que volver a verla, tenía que saber también qué parte de toda esta historia ocupaba ella, ¿qué conocía ella de todo esto? ¿En qué podía ayudarme ella para comprender lo que me estaba pasando? Pero sobre todo, tenía que decirle que estaba enamorado de ella desde siempre, desde antes de conocerla en Anuradhapura, desde el principio de la historia del mundo y también que lo estaría hasta el final.

Aquella noche mi locura me llevaba de un lado a otro de mi habitación como un león enjaulado. Leía el libro por segunda, tercera o cuarta vez, había perdido la cuenta y estaba envuelto en una mezcla de sueño y realidad. Tenía que solucionar de una vez por todas aquella situación y decidí que una buena idea sería encontrar algún objeto que estuviese en aquel libro y que también hubiera aparecido en mis sueños, y que mejor objeto para empezar que aquel anillo, del que conocía su forma al detalle y su posible ubicación aproximada, si es que era capaz de desvelar las claves de aquel libro. Si lograba encontrar ese anillo dejaría claro que aquella teoría que me rondaba ya la cabeza desde un principio, era realidad, y en caso contrario debía empezar a preocuparme seriamente por mi salud mental.

Después de ese punto de inflexión y tomada ya definitivamente la decisión de buscar aquel anillo, investigué muchísimo antes de emprender la búsqueda física del mismo. Pasé horas madurando cómo localizar semejante quimera y aunque ya tenía alguna idea de por dónde empezar, creí que sería bueno algo de ayuda para no perder tiempo. Para ello decidí pedir permiso para utilizar el gran ordenador SATI−O del Colegio Mayor Universal, donde mis padres me habían matriculado al terminar mis estudios medios para cursar los superiores.

El SATI−O estaba reconocido como el ordenador más rápido y con más información de nuestro tiempo, alcanzando una velocidad de gestión de seis Exaflops por centésima de segundo, es decir, era capaz de hacer seis trillones de operaciones por centésima de segundo, o lo que es lo mismo, un seis seguido de dieciocho ceros. SATI−O era rápido, muy rápido, pero además tenía una cualidad importantísima, y era que gracias a su software de inteligencia artificial tenía la habilidad de acercarse poco a poco a tus necesidades de búsqueda de conocimiento, es decir, que de alguna manera pensaba para ti.

Yo le hice las siguientes preguntas:

«¿Qutab Minar?»

Su respuesta inmediata fue:

«Alminar de setenta y dos metros de altura, construido de ladrillo rojo y mármol, de gran belleza, situado en el complejo Qutb. Hasta hoy es el alminar más alto construido en la historia.»

Con esta primera pregunta confirmé mi primera duda y encaucé la investigación hacia donde yo quería. Mi siguiente pregunta fue un poco por el mismo camino, porque aunque sabía la respuesta, necesitaba afianzar mi búsqueda ofreciendo datos a SATI−O para que filtrara adecuadamente mis necesidades.

«¿Qué es un alminar?»

Su respuesta fue:

«Alminar o minarete, nombre con el que se conocen las torres de las mezquitas. La palabra árabe minar significa “faro” porque hace siglos era frecuente la colocación de luces o candelas en los minaretes para orientar a los viajeros hacia las ciudades habitadas. En árabe la palabra que designa más propiamente al minarete es mi'dhana, es decir, lugar desde donde se realiza el adhan o llamada a la oración.»

Mi siguiente pregunta fue:

«¿Qué es y dónde está el complejo Qutb?»

Respuesta de SATI−O:

*«Conjunto de edificios y monumentos situados en Delhi, en la India. La construcción de este complejo la inició Qutb−ud−din Aybak, primer gobernante de la dinastía de los esclavos. El complejo fue ampliado por los sucesivos gobernantes, incluyendo a Iltutmish y Alaudín. El complejo de Qutb y sus monumentos está considerado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco desde mil novecientos noventa y tres.»*

SATI−O adelantó entonces una de sus deducciones lógicas y escribió en su pantalla:

«Se puede deducir de tus preguntas, que estás buscando un camino y que ese camino debe estar iluminado por un faro sin luz propia, que en este caso es tu propia búsqueda.»

Escribí entonces:

«Te equivocas, busco un anillo.»

Respuesta:

«Eso confirma mi primera deducción ya que la búsqueda de un anillo en la interpretación onírica, en la tradición popular y en algunas religiones, se puede interpretar de forma parecida.

En interpretación onírica o de los sueños: El que busca un anillo busca su destino, según aseguran este tipo de interpretaciones ya que según parece los anillos poseen mensajes secretos. Dicen también, que es difícil encontrar un anillo determinado durante un sueño, pero si se encuentra, esto trae consigo un mensaje que puede ser positivo o negativo para el que lo encuentra dependiendo de la necesidad del soñador.

Tradición en algunos países: También dicen tradiciones ancestrales de varios países, que si encontramos un anillo, abrimos la puerta de nuestra alma y que esto nos puede conducir por caminos inexplorados de nuestra vida o de otras vidas. Otras leyendas más afines con las religiones aseguran, que los anillos en sí ya son una forma de atadura, de ligazón con la persona o con el significado del propio anillo y que por lo tanto, el poseer un anillo determinado significa que nos haremos cargo de los compromisos que éste trae consigo.

Forma real: Amante del dinero, coleccionista, historiador, arqueólogo, anticuario, ladrón, enamorado, amigo.

¡Por favor más datos!»

Mi siguiente entrada fue:

«Es un anillo de enamorados»

Respuesta de SATI−O:

«Las alianzas y los anillos de compromiso son los anillos del amor por excelencia. Esta tradición es de origen cristiano y hay miles de entradas acerca de la alianza como anillo.

¿Quiere saber más sobre la alianza?, ¿Buscas una alianza o un anillo de compromiso para tu novia? Si es así, acudir a joyería, la más cercana está en Connaught Place, Nueva Delhi.

¿Algo más?»

Tecleé entonces lo más rápidamente posible:

*«Sí, es un anillo con un corazón coronado en el centro y dos manos sujetándolo.»*

La respuesta inmediata del inmenso ordenador fue:

**«Anillo de Claddagh»**

«Hay tres leyendas para el mismo anillo, pero la más creíble es la siguiente:

Leyenda sobre Richard Joyce, un irlandés que fue secuestrado por los turcos al regreso de su viaje a las indias Orientales donde fue a ganar dinero para poder casarse con su amada. Los irlandeses regalan anillos con esas características desde el siglo XVI en el que la leyenda salió a la luz .

El anillo de Claddagh lleva aparejada una simbología

1. el corazón: simboliza el amor
2. las manos: la amistad
3. la corona: la lealtad y fidelidad»

Tecleé de nuevo:

«Quiero encontrar el verdadero anillo de Claddagh»

Respuesta:

*«Evidentemente no existe un anillo Claddagh verdadero porque se trata de una leyenda. Puedes encontrar réplicas del mismo en tiendas virtuales por Internet.»*

Escribo de nuevo:

*«Anillo de Claddagh y Qutb−ud−din Aybak»*

Respuesta de SATI−O:

«Relación: esclavitud.

1. Qutb−ud−din Aybak, primer gobernante de la dinastía de los esclavos o de los mamelucos.
2. Richard Joyce, esclavo de los Turcos.

Imposible relacionarlos de otra forma, el relato de Richard Joyce parece ser que fue escrito por una persona anónima en el siglo XVI, esta persona parece que atribuye el rescate de Richard de su esclavitud a Guillermo III quien al subir al trono pidió a los turcos que soltaran a todos los esclavos súbditos británicos.

Guillermo III de Orange subió al trono Ingles el 13 de Febrero de 1689.

Qutb−ud−din Aybak fue sultán entre 1206 y 1210, año en que murió de forma accidental en un partido de Polo.

Aunque Richard Joyce hubiese existido, no coincidiría en el tiempo con Qutb−ud−din Aybak de ningún modo.»

Tecleo:

*«¿Podría la leyenda haber cometido un error en el tiempo, de haber estado basada en datos históricos?»*

Respuesta:

*«Sí, podría*

La leyenda se escribió en el siglo XVI y da por hecho que Richard Joyce estaba entre los esclavos argelinos que fueron liberados a la subida al trono de Guillermo III, sin embargo es muy usual que en esa época se exacerbaran los hechos que se atribuían a los reyes. También era muy usual apropiarse de cualquier historia que rodara de boca en boca para atribuírsela a un rey o un noble, por tanto podría haberse dado el caso de que esta leyenda hubiese sido manipulada para enaltecer al rey Guillermo III. Es poco probable que esto ocurriera de esta manera y la historia no apoya estos hechos que relata la leyenda.

¿Algo más?»

Tecleo:

«Nada más, Gracias….»

Tecleo de nuevo:

«No, espera.»

Tecleo:

«¿Qué puede significar esto?:

S.365W.W »

Respuesta:

*«365 peldaños Ventana Oeste.»*

Tecleo:

¿Cómo estás tan seguro?

Respuesta:

«La combinación de letras y números ha sido desde la antigüedad una manera de localizar cosas buscadas, (hojas de un libro, tomo, página, punto cardinal, etc).

Puesto que tú buscas un anillo, he deducido que debía ser el lugar donde se halla el objeto buscado. Puesto que tus preguntas han sido todas sobre el complejo de Qutb y más concretamente sobre Qutab Minar, he deducido que debes tener indicios de que el anillo legendario está en ese minarete. El minarete tiene 379 peldaños en su escalera con forma de espiral, 380 si contamos el de salida a la azotea donde culmina este monumento hasta su parte más alta, la torre tiene cinco anillos balconados, con cuatro puertas de acceso a sus respectivos balcones en cada uno de ellos, pero entre su quinto anillo y su azotea, hay 20 escalones y en el escalón 365 que corresponde al número de días del año tiene una pequeña ventana que mira justo al sol poniente, o sea al Oeste.

Luego, he supuesto que dado que tus preguntas estaban encaminadas a un personaje inglés, Richard Joyce, por lógica la localización estaría escrita en ese idioma. El texto que corresponde a estas sílabas en inglés sólo puede corresponder a step 365 west window “S365W.W”.

*365 peldaños Ventana Oeste.*

¿Alguna pregunta más?»

Tecleo:

«No, gracias.»

La verdad es que le hubiese dado mil besos y mil abrazos, pero él no lo hubiese entendido.

Mi impresión de aquel encuentro con SATI−O fue muy extraña. Francamente, creo que SATI ya supo en la primera pregunta quién era yo y qué buscaba, pero mi arrogancia científica quizás me forzó a preguntar más de la cuenta.

## En busca de la verdad

### País: La India - Lugar: Nueva Delphi, Complejo de Qutb

#### Año 3154 (d.C.) Tres días después

Tres días después de mi encuentro con SATI−O ya estaba en el complejo de Qutb con un salvoconducto en las manos que había conseguido gracias a las influencias de mi padre, que por cierto ni siquiera se molestó en preguntarme para qué lo necesitaba, así se ahorraba muchas veces el tener que discutir conmigo. En aquella ocasión terminó mucho antes haciendo una llamada para conseguir que tuviera vía libre en el complejo, incluyendo subir al Qutab Minar y a cualquier otro sitio del mismo al que se me ocurriera acceder.

Cuando llegué allí me di cuenta de que aquella obra era mastodóntica e increíble, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo en que se había construido y comprendí de golpe que la tarea de buscar un anillo en aquel impresionante monumento de mármoles y ladrillos, con multitud de tonos rojos como el oro, con sus cinco anillos o balcones llenos de salientes y arabescos en los que en su día se subían los almuédanos para llamar a la oración en la gran mezquita Quwwat−ul−Islam, sería un trabajo abocado al fracaso de antemano si Sati−O no llevaba razón. Me había pertrechado de todo tipo de instrumental óptico que me pudiera ayudar a buscar desde lejos o desde cerca la joya que buscaba, creyendo pobre de mí, que podría hacerlo por mi cuenta en el caso de que no estuviese en el lugar indicado, pero una vez allí comprendí la imposibilidad del caso.

Sin embargo nada de eso hizo falta. Increíblemente para mí subí al sitio indicado contando pacientemente los 365 escalones, allí efectivamente encontré la ventana, asomé mi cuerpo por ella, miré por debajo, por los lados y por fin en su dintel y sin más y tan fácil que me pareció imposible de entender, allí estaba el anillo, incrustado perfectamente en un cuadrado de mármol rojo, asomando sólo la pequeña esmeralda con forma de corazón coronado y sus 32 minúsculos diamantes. Lo sujeté con fuerza, tiré hacia fuera, sentí un clic y el anillo quedó en mi mano. No podía creerlo, no estaba loco, miré y remiré el anillo, estaba en perfecto estado, como recién hecho por un joyero salvo por el color oscuro del oro por no haber tenido uso durante siglos, era increíble, quien diría que en todos estos años a nadie se le había ocurrido mirar hacia arriba desde aquel ventanuco y recoger aquel espléndido tesoro.

Todavía con la incredulidad de haberlo encontrado y su tacto entre mis dedos miré a lo lejos, hacia el Oeste desde aquella misteriosa ventana y por un momento me pareció oír un sonido de gaitas traído con el susurro del viento desde lejanos países y otros tiempos, además de un leve olor a hierba fresca y a salitre marino.

Llamé al helicóptero de mi padre al que prácticamente no le había dado tiempo a marcharse y en muy poco tiempo me recogió de nuevo. Para cuando atardecía, estaba en Anuradhapura, el lugar al que tenía que volver.

## Las dos joyas más preciadas se encuentran

### País: Sri Lanka - Lugar: Anuradhapura

#### Año 3154 (d.C.) Un día después

Tenía que buscar a la chica que me regaló el libro, necesitaba volver a verla, lo necesitaba tanto como se necesita el aire que se respira, quería conocerla, deseaba estar con ella, pero además necesitaba que me contara más sobre ella y su relación con ese libro.

Deambulé días y días por Anuradhapura, pero esta ciudad no es precisamente la más apropiada para encontrar a alguien; por su antigüedad y por ser una ciudad sagrada para el budismo estaba siempre llena a rebosar de turistas o peregrinos que iban o venían por sus calles, visitando los cientos de monasterios que la rodean y que cubren un total de cuarenta kilómetros cuadrados de extensión. Estos y muchos otros atractivos históricos la habían convertido desde hace mucho en uno de los mayores yacimientos arqueológicos del mundo y atraía a miles de personas de oriente y también de occidente, intrigados por su magia o buscando el cielo en su religión.

De todas forma no me rendí, pregunté por ella calle por calle; a todo el autóctono que veía le preguntaba por esa chica, en cada tienda, en cada bar, en cada restaurante o mercadillo pregunté por ella; desesperado intentaba dar su descripción, pero sin duda mi lenguaje grandilocuente al hablar sobre la chica debía de hacerme parecer un loco en busca de su princesa perdida en el país de los sueños. Por mucho que insistí no obtuve ninguna respuesta que me sirviera de ayuda. Por fin comprendí que no era ese el camino, comprendí que nadie me iba a dar indicaciones sobre una chica en, ni de Anuradhapura.

Cansado y desesperado, cada tarde me sentaba en la puerta de un pequeño bar cerca del hotel donde paraba, y frente a la biblioteca de la ciudad. Pensé que aquel podía ser un buen lugar para encontrar a una muchacha que me había regalado un libro ya que este detalle denotaba que le gustaba la lectura en papel, que ya era difícil en nuestro tiempo, por eso pensé que era posible que algún día pasara por la biblioteca a por algún libro, a devolverlo o a consultar algo; de cualquier forma no tenía otra pista para encontrarla por lo que en principio me agarraría a ésta como a un clavo ardiendo. Durante el día mientras la buscaba pensaba que pasaría toda mi vida en aquella ciudad si era necesario, no pensaba moverme de ella hasta que no se produjera el milagro de tropezármela por alguna callejuela. Y al atardecer, cuando ya me quedaba poco para volver a mi hotel, me refugiaba en aquel barecito en busca de una ilusión. De todas formas a aquella hora de la tarde noche de cada día, no podía hacer ya gran cosa para encontrarla salvo esperar al aguardo, deseando que mi hipótesis fuera buena y aquel un buen sitio para encontrarla.

Aquél era mi veinteavo día en Anuradhapura, bebía un refresco de cola sentado en la mesita que estaba más al frente de la puerta de la biblioteca; eran sobre las 19:30 horas de un bonito atardecer tropical; yo andaba distraído mirando un grupo compuesto por tres monjes ataviados con sus túnicas de color amarillo huevo, o quizás era mostaza, o a lo mejor naranja; bueno, realmente lo que de verdad me llamó la atención de ellos no era exactamente el color de sus túnicas sino más bien su manera de caminar, parecían ir con precaución, como si el suelo estuviese lleno de chinchetas y temiesen atravesarse las finísimas sandalias de cuero con alguna de ellas; uno de ellos, en uno de sus pasos, incluso titubeó antes de apoyar el pie en el suelo y lo movió ligeramente a su izquierda en el último momento, seguramente se había interpuesto en su camino una hormiga y no quiso pisarla. Sumido en todos aquellos inútiles pensamientos no me di cuenta de que un grupo de jóvenes se había sentado en una mesa justo a mi espalda. Reían y contaban anécdotas sobre un examen que sin duda habían tenido esa misma tarde. Sus risas eran contagiosas y contractaban con el silencio recogido de aquellos monjes que ahora estaban ya bastante lejos y a punto de doblar una esquina. Los chicos mientras tanto, seguían contractando respuestas y descargando la adrenalina acumulada durante el examen de la única manera que se puede hacer en esos momentos y es burlándose de sus propios errores.

Entonces me dediqué a hacer un juego que solía practicar con un gran amigo mío que era invidente. Era simple pero no falto de dificultad, se trataba de sin mirar, claro está, ir adivinando qué cantidad de gente componía el grupo, cuántos chicos y cuántas chicas, si eran delgados o gruesos, rubios o morenos, guapos o feos, listos o tontos. Natural y evidentemente yo siempre perdía jugando con Jayín a este juego, él tenía tal habilidad haciendo esto que me dejaba siempre sorprendido de sus explicaciones tan acertadas y exhaustivas, después de oír a un grupo desenvolverse y charlar unos minutos; a veces era tal el acierto que yo creo que ningún vidente ni aun mirando descaradamente al grupo y escuchando un buen rato, hubiese podido tener tanto acierto como tenía Jayín en sus apreciaciones. Como si de un murciélago con su radar a tope se tratara, iba argumentando:

−El gordito sentado al extremo de la mesa lleno de pecas por doquier, a pesar de su evidente obesidad cree que las vuelve locas y va repeinado hasta el último de sus pelos. De pequeño tubo frenillo en la lengua y lo operaron y eso da a su modo de hablar ese tono de tartaleo que le da tanta vergüenza. –luego la emprendía con el siguiente− La rubia sentada en el centro tiene un claro entre los dientes bastante pronunciado, se nota por el siseo en su voz, no es muy lista, y está dándose tirones todo el rato de su escote para enseñar algo más de sus… en fin, ya sabes.

Y así durante horas y sin ningún error; pues bien, yo traté de jugar a ese juego para entretenerme con aquel grupo que se había acomodado a mi espalda. Ya tendría tiempo de comprobar la cantidad de aciertos o errores antes de irme o de que se fueran ellos.

Comencé diciendo:

−Son tres chicas y dos chicos aunque a uno de ellos le hubiese gustado formar parte de las féminas, como es evidente por sus formas rabiosamente amaneradas de expresión. –escuché unos minutos más y continué− todos son autóctonos de Sri Lanka, porque aunque están hablando en inglés, el acento es claramente Tamil. Todos son delgados, las voces no son especialmente profundas ni con sonidos graves. –Otra parada más, algunos cálculos y seguí con mi juego solitario− creo que están en torno a los diecisiete años de edad a juzgar por los comentarios sobre su examen y la temática que tocan.

−Me aburro −pensé− ahora me doy cuenta de lo absurdo que es jugar a este juego una sola persona, con lo divertido que lo hacía Jayín.

Estaba en ese pensamiento cuando uno de ellos dijo:

−Deja ya de repasar tus apuntes… todos sabemos que es casi seguro que has vuelto a sacar un diez, no te agobies más.

Y entonces se escuchó la voz de una auténtica sirena de la Odisea, una voz tan dulce que si Ulises la hubiese oído cuando estaba atado al mástil de su barco lo hubiese arrancado de cuajo. Y eso que sólo dijo:

−No te burles de mí por favor, esta vez no estoy tan segura, ya sabes que no soy mucho de letras.

Me había equivocado, no había tres chicas y dos chicos sentados a aquella mesa tras de mí. Había tres chicas dos chicos y un ángel celestial. Su voz sonó dulce pero firme, simpática pero formal, pausada, con pronunciación perfecta, femenina, inteligente, resuelta, humilde, sensual y femenina y sesenta y siete adjetivos más a cual mejor y más sincero y acertado.

Quise dar un salto y tirarme a sus pies, pero como Ulises amarrado al mástil de su propio barco por sus marineros, así me quedé yo en mi silla, amarrado por marineros invisibles con sus oídos bien taponados con cera para no escuchar mis súplicas.

«¡Soltadme, por Dios soltadme, que tengo que ir con ella! Gritaba en mi interior con todas mis fuerzas.»

Y entonces volví a oír su voz.

−Chicos tengo que marcharme, mañana tengo que madrugar.

Se marchaba, se marchaba y yo amarrado a aquella estúpida silla, forcejeé, traté de liberarme de mis ataduras mentales, insulté a todos y cada uno de mis marineros por no obedecerme. Mientras tanto pude oír perfectamente cómo ella recogía sus cosas de la mesa, cómo la silla se movía y hasta sus primeros pasos firmes y seguros calle abajo, pero seguía sin poder moverme. Quise arrancar aquel poste al que me mantenía atado y tirarme al tempestuoso mar de sus ojos verdes, pero mi estúpido cerebro no me dejaba reaccionar.

Cuando creí que moría de desesperación, un marinero que sin duda había visto mi sufrimiento, se apiadó de mí y por fin me soltó; reaccioné, me levanté y corrí como alma que lleva el diablo por la calle que siempre había estado a mi espalda y que ahora era el camino a mi salvación. El camarero salió del bar disparado, no le había pagado el refresco y ahora él daba saltos y gritos desde la misma esquina, los chicos creyeron sin duda que me marchaba a la carrera para no pagar y se reían de mi cara dura, pero yo no miré hacia atrás y como pude saqué unos billetes de la cartera y los arrojé al suelo. Corrí con todas mis fuerzas siguiendo el rastro que su dulzura dejaba, y al volver otra esquina, la vi.

Caminaba despacio y de forma desenfadada.

Pronuncié el nombre con el que tantas veces había soñado, lo dije por instinto, no sabía si era el de aquella chica que ahora andaba delante de mí, pero debía llamar su atención, sin asustarla.

−Taj

Ella no miró, quizás porque no me oyó, seguro que lo había dicho muy bajo así que repetí.

−¿Taj Hardik?

Ella disminuyó su marcha y giró su cabeza sin pararse del todo.

−Ah, hola, por fin estás aquí. Has tardado mucho.

Como el día en que me entregó el libro, volvió a sorprenderme.

−¿Cómo dices? −Le pregunté titubeante.

Y su respuesta volvió a ser inquietante para mí.

−Te he visto en el bar, esperaba que me siguieses, para eso hablé en voz alta. Anda ven conmigo, tenemos que hablar.

Durante un momento me volví a quedar como tonto allí clavado, sin saber reaccionar, la verdad; para nada esperaba esa respuesta y volví a hacer el ridículo quedándome parado durante unos segundos.

−Vamos, muévete −repitió.

Y por fin reaccioné y me puse en marcha. Me llevó por calles que yo no conocía a pesar de que ya llevaba una semana pateándome aquella ciudad en su búsqueda.

Mientras la acompañaba iba flotando como en una nube, mirando de reojo cómo se movía su pelo con cada paso, su perfil, sus grandes ojos, su altura ligeramente más baja que la mía, iba totalmente fascinado por ella, me moría de ganas por cogerla de la mano aunque nunca me hubiese atrevido. Mi timidez en lo relativo a las relaciones con las chicas era proverbial y a pesar de ser un chico guapo y bien parecido como decía mi madre y confirmaba la cantidad de chicas que me tiraban los tejos, lo cierto es que no me comía ni una rosca y es que la verdad, tampoco lo intentaba, así que vivía con mi fama de ligón universitario que sólo estaba apoyada por la cantidad de amigas que tenía siempre a mi alrededor.

Pero entonces y como si me hubiese leído el pensamiento y mis deseos, Taj me dijo:

−Ven, dame la mano, no me gusta pasear por este barrio sola, siempre me da algo de repelús.

Y me cogió la mano. Lo que a mí me hubiese costado un mundo o toda una eternidad, ella lo resolvió en un segundo. Me sentí mejor que nunca al sentir por primera vez el tacto de su hermosa piel, y a pesar de mi inicial timidez, traté de disfrutar de aquel momento como si fuera el primero y el último de mi vida.

Las calles se hicieron cada vez más estrechas y la verdad es que daba un poco de respeto caminar por ellas, aunque aquel día yo me hubiese comido a cualquiera que hubiese roto la magia de ese momento.

−Ya estamos llegando −me dijo justo en el momento en que empezaba a caer un fuerte chaparrón, tal como suele pasar en esta zona en la que la lluvia viene y se va de la misma forma que ha llegado.

−Corre, es allí, en aquella librería.

Entramos como un huracán en una pequeña librería que estaba a mitad de una calle que no medía más de metro y medio de anchura. Sólo un cartel de madera grabada sobre el dintel de su puerta anunciaba qué tipo de artículos se vendían en aquella tienda.

Kala & Lalima

Antique Books

La traducción sería algo así como:

Belleza & Arte

Libros Antiguos

Cuando estuvimos dentro, resguardados ya de la intensa lluvia que sonaba como aguacero en los tejados de las angostas calles de aquel barrio secreto, me dijo:

−¿Sabes porque te he traído hasta aquí?

−No, no lo sé, la verdad −le respondí.

−Esta librería es de mi tío −respondió ella− aquí pasé yo mi infancia; entre todos estos libros antiguos. Aquí está la verdadera historia del hombre. Lo que pasa es que no está escrita en un solo libro, sino en trocitos pequeños en cada uno de ellos, demasiadas interpretaciones personales no deseadas, demasiados intereses, demasiados de “los otros” han tocado estos libros como para que quede algo en claro de la historia de los que somos como tú y como yo.

−Yo los he leído todos, todos los libros que ves aquí han pasado por mis manos. Desde que tenía dos años estoy leyendo y cuanto más leía más convencida estaba de lo que te digo. Pero un día, hace ya algún tiempo, encontré en una estantería perdida el libro que te regalé. Desde aquel mismo día me di cuenta que era diferente a los demás, tenía secretos que hilvanaban muchos de los trocitos de los demás, una simple novela en la que encontré mi verdad, la verdad de mi propia historia y lo supe porque esta novela hablaba de mis sueños, de mi forma de pensar, de mis necesidades, de mi manera de ser, de la persona con la que necesitaba vivir.

−Encontré sus claves y supe que era de mí de quien se hablaba en este libro, en el que además te conocí, te vi en él, aunque no estabas ante mí, reconocí tu persona en cada uno de sus personajes y me volví a enamorar de aquel que yo ya amaba.

Yo oía lo que me decía, era exactamente lo que me había pasado a mí aunque sin contar con ese libro; ella tenía toda la razón y además, al parecer había sabido llegar muchísimo más lejos que yo en sus investigaciones, por eso yo todavía no era capaz de comprenderlo todo y debía estar atento a lo que me contara. Ella hizo una pausa, respiró hondo y luego continuó:

−Esperaba ciegamente que llegaras –dijo Taj− tenía el convencimiento de que volverías a mi playa y no dejé de llamarte pronunciando tu nombre, fui tu faro cada noche, como en ocasiones pasadas. Y así fue como llegaste hasta aquí.

Y ahora, mucho menos trascendental y volviendo a sonreír dijo:

−Parece que el libro finalmente tenía razón y ahora aquí estás, a mi lado.

Volvió a hacer otra pausa. Mientras tanto mi mente viajaba a toda velocidad por cada página del libro, con cada historia que en él había, con cada una de mis alucinaciones, con mis sueños, con su nombre, con sus nombres, con su cara, con sus caras. Un torbellino de sensaciones difícil de explicar y mucho más difícil de vivir.

−Y ahora, dame lo que hiciste un día para mí y que has vuelto a encontrar. Dijo cerrando los ojos y poniendo la palma de su mano bien extendida.

La miré estupefacto, el círculo se cerraba, la confirmación de todos mis sueños estaba ante mí, esperando el regalo que aún no le había dicho que le traía.

«No estoy loco» pensé muy eufórico y una descarga eléctrica recorrió todo mi ser y tras de ella, un descanso, el descanso de sentirme libre de la carga más pesada que un hombre puede tener, la del fracaso de su mente, la de ser prisionero de su propia locura.

Metí la mano en mi bolsillo, saqué el anillo y lo coloqué en su mano, luego cerré sus dedos en torno a él y por primera vez rompí mi timidez y la besé, la besé con toda la suavidad que pude, con todo mi amor, con toda mi alma al descubierto, casi sin rozar sus labios; la besé con toda la intensidad que me permitieron cada una de mis terminaciones nerviosas. Fue increíble, creo que los dos sentimos lo mismo, creo que nos abandonamos a la calma del encuentro más deseado.

−Ejen… −se oyó tras el mostrador, mientras salía un vejete con cara de búho empollón de debajo del mismo− hola chicos, ¿queréis algo?

Se descolgó las gafas hacia la nariz y entonces pareció caer en la cuenta

−Pero si es mi querida sobrina Taj. ¿Qué tal el examen?

−No sé, tío −respondió ella.

−Seguro que bien, criaturita. Tú eres un ser muyy… especial.

−Bueno y como te iba diciendo −dijo Taj para disimular− El Libro, ¿recuerdas El Libro, no? Pues bien, ese libro fue escrito por quien tú sabes, uno de los nuestros un “h.f.a”, un homo fîlius Adán en el año 2029 de nuestra era.

Yo me quedé sin entender nada y boquiabierto, pero ella seguía hablando sin pestañear.

−Te preguntarás qué son los hijos de Adán ¿verdad? –yo asentí con la cabeza y ella continuó− Sólo te puedo decir lo que escribió el persa Sa'di cuando le hicieron esa misma pregunta hace muchísimos años.

«Los hijos de Adán son dos miembros de un solo cuerpo, habiendo sido creados de una sola esencia. Cuando la vida de uno de ellos se extingue su espíritu abandona su cuerpo y sólo regresa a otro cuerpo cuando vuelve a encontrar a su alma gemela y deciden hacerlo juntos. El tiempo no tiene fin para ellos mientras les quede un ápice de amor.»

El vejete del mostrador que estaba a la espalda de ella y de frente a mí me hizo un gesto como diciendo “y vuelve el cántaro a la fuente” y luego se señaló la sien con otro gesto más universal como diciendo perdónala que está un poquito loca. Yo le sonreí indulgentemente y continué escuchando a Taj.

## De vuelta de mis sueños. La noticia ya profetizada

### País: Emiratos Árabes - Lugar: Dubai, Burj Al Arab

#### Año 3.203 (d.C.) Cuarenta y ocho años después

Todos aquellos sueños que me vinieron al ver el libro y el anillo en la vitrina fueron agradables para mí; toda mi vida había sido perfecta y lo que vino después de conocerla a ella fue un sin fin de buenos momentos, de triunfos, tanto de ella como míos, de investigaciones conjuntas, de viajes alrededor del mundo e incluso hicimos dos escapadas a la luna, una al Lunatic Hotel, del arquitecto Holandés de primeros del siglo XXI, Hans Jurgen Rombautos, que lo diseñó tal como hoy se conserva, con sus dos torres gemelas en forma de boomerang que emergen ciento sesenta metros por encima del suelo lunar, lástima que él no llegó a conocerlo, murió mucho antes de que el hombre estuviese preparado para semejante odisea, la otra fuimos al Hilton Hotel con sus cinco mil habitaciones con vistas al cráter de Tycho.

A la mañana siguiente el día amaneció igual de bueno que el anterior, pedí el desayuno al servicio de habitaciones del restaurante y dije que nos lo subieran a la terraza del dormitorio; desayunar en aquella terraza era toda una gozada, desde ella se podían ver las vistas más hermosas de Dubay al amanecer.

Taj salía del jacuzzi en ese momento y se secaba con la toalla. Poco después la luz del ascensor de servicio se iluminó y sonó un ligero zumbido en el hueco del jardín donde estaba la puerta del mismo, lo cual indicaba que los camareros esperaban dentro hasta que le abriéramos la puerta; pulsé el botón del mando y se encendió el OK dentro del ascensor; dos camareros entraron con un carrito cargado con los mejores manjares que había en el mercado aquella mañana, una amplia variedad de frutas, dos jarras llenas, una con zumo de naranja y otra con zumo tropical, la cafetera todavía humeante, leche y pastas variadas, tostadas y algunas cosas más. Sirvieron la mesa y se marcharon, mientras nosotros nos disponíamos a desayunar leyendo las noticias de aquel día.

Nuestra sorpresa y creo que la de todo el mundo ese día fue la mala noticia que ocupaba todas las portadas de los periódicos y todos los informativos televisivos; parece que un meteorito había salido como de la nada y su trayectoria podía ser coincidente con la de la tierra. Los potentes telescopios instalados en el espacio exterior después del desastre del Apophis en el dos mil veintinueve, en el que murieron millones de personas, no habían sido capaces de detectarlo hasta ahora, a sólo tres meses de su posible impacto contra algún punto de la tierra, o quizás sí que se había descubierto, pero no se había dado la noticia hasta saber la auténtica verdad para evitar un pánico colectivo injustificado. Ahora, de forma increíble e intempestiva, mandaban aquellas espeluznantes y espectaculares imágenes con espantosa nitidez del devastador meteorito y su cola de terror. Y para colmo las noticias se atrevían a dar ahora hasta una fecha prevista de impacto, ésta sería el próximo nueve de noviembre si nadie lo impedía y además, y para acabar de preocupar a los lectores abundaban en escalofriantes datos de aquel espectacular viajero; su peso y dimensiones parece ser que multiplicaban por mucho al meteorito del último impacto importante sufrido en nuestro planeta. Yo hice el resto, unos pequeños cálculos mentales me dieron la energía con la que nos golpearía si llegaba a hacerlo, y estaba claro que sería la suficiente como para eliminar con toda seguridad cualquier vestigio de vida en nuestro planeta.

El universo le había concedido a la tierra unos pocos años más tras el encuentro con Apophis en 2029, dándole a la humanidad una segunda oportunidad. Pero el hombre no había sabido aprovecharla y había perdido otros mil años más en guerras inútiles y en disputas en otros terrenos, en vez de abordar un verdadero plan que salvara a la tierra de ésta o de cualquier otra amenaza interior o exterior. La arrogancia del hombre y su desprecio al mundo que le rodeaba parecía que iba a tener su castigo más pronto de lo esperado. No se había entendido la lección, no se amaban las cosas, no se amaba al prójimo ni a la naturaleza, y vivir sin amor a lo que nos da la vida, a todo lo que nos rodea, es morir continuamente. El problema del humano es no haber pensado nunca en generaciones venideras, esto le hacía vivir la vida con las anteojeras de sus limitados y escasos cien años de probabilidad de supervivencia. Pero esta forma de vida sólo era propia del humano, sólo del homo−“sapiens”, que lo único que había tenido de sapiens a lo largo de la historia era el reconocimiento de su propia boca para comer todo lo que se ponía a su alcance y el reconocimiento de su propio sexo para procrear más “sapiens” a su imagen y semejanza. El resto de “los animales”, como le gustaba llamar despectivamente el “sapiens” a los demás pobladores de la tierra, eran siempre consecuentes con su entorno, regulaban sus necesidades, sus crías y su hábitat en función de una vida futura. Sólo un invasor de la tierra como era ese “homo sapiens”, era capaz de comérsela sin dejar nada para el que viene detrás.

Para Taj e Iravan aquella noticia no había sido del todo inesperada, ellos sabían muy bien el motivo, lo sabían porque habían estudiado muy bien a los ancestros del Homo Sapiens y además porque El Libro se lo había anticipado y ese libro nunca les había defraudado. El hombre sería castigado por todo el mal que había hecho. Sería castigado por su pecado original que no era otro que el pecado del orgullo de creerse el único, el que todo lo puede, el que hizo dios para dominar la tierra y a sus elementos, el único que se podía permitir dar castigo divino a las demás especies de la tierra, el que sólo mira su ombligo porque nació a imagen y semejanza del mismísimo dios y heredó directamente de él la tierra prometida, para hacer con ella lo que le viniese en gana, y como era suya la sometió a su dominio absoluto sin pensar en el perjuicio global, porque según le habían inculcado, para él no había problema porque arrepintiéndose en el último instante y aunque hubiese llevado una vida despiadada y de depravación, subiría al cielo y sería feliz por toda la eternidad.

Pero todo aquello se acababa, el “homo sapiens” por fin tendría su escarmiento, si nada cambiaba y las noticias parecían sentenciosas, pronto sería castigado de tal manera que no habría manera posible de que renaciera de sus cenizas.

La noticia decía así:

*«UN METEORITO PODRÍA ESTAR EN RUTA DE COLISIÓN CON LA TIERRA»*

«Los científicos anunciaban hoy que un meteorito, **el 2002NT27**, llamado así por haber sido avistado por primera vez desde un observatorio de Nuevo México en el año 2.002, ha vuelto y parece que puede estar en ruta de colisión con la tierra. Según los primeros cálculos este asteroide podría impactar contra nosotros el próximo trece de Abril.

Tenemos que recordar que este meteorito ya estuvo a punto de impactar contra la tierra el 1 de febrero del año 2019. Se calculó entonces que tenía una órbita elíptica alrededor del sol y que parecía ir inclinándose poco a poco hacia la tierra, sin embargo, no se tiene constancia del acercamiento que se calculó en aquel entonces, parecía incluso que había desaparecido el riesgo por completo dado que no se había vuelto a especular sobre este tema. Sin embargo, hoy nos desayunamos con esta devastadora noticia que no sabemos si vamos a poder digerir.

No se entiende ese cambio de comportamiento, parece que algún tipo de encuentro durante su órbita ha vuelto a colocarlo en una trayectoria peligrosa para la tierra, por no decir letal.»

En otros periódicos más sensacionalistas la noticia se pintaba con más crudeza, aunque desde luego buscando más el interés comercial, que el mero ejercicio informativo de contar una noticia de modo veraz. Así, además del titular consabido añadían:

«Parece que el momento ha llegado y el asteroide NT27 viene directo a la tierra acompañado por una estela de material desprendido de éste y de lo que parecen restos de otro asteroide más, que podría haber sido el causante del cambio de trayectoria tan brutal que ha sufrido en este periodo de tiempo, los científicos están casi seguros que otro asteroide ha debido golpearlo cambiando su posición y trayectoria y enviándolo hacia nosotros. Ahora sólo nos queda rezar.»

Periódicos de tinte más político añadían:

«Los políticos, reunidos en sección de emergencia esta misma noche, dictaron a su gabinete de prensa un comunicado en el que transmiten un mensaje de relativa calma y nos confirman que se han activado todos los planes de alerta que se vienen estudiando desde hace tiempo. Según las palabras de su portavoz no debemos preocuparnos por nada, aseguran que la lección aprendida con el impacto del Apophis en el 2029 y los ciento cincuenta millones de muertos que causó, puso en marcha el plan mundial de defensa contra objetos externos que ahora se va a poner a prueba. Un total de 250 misiles nucleares partían hoy mismo de las bases extraterrestres de DUNEA y LUNAII. Los técnicos esperan que esta potencia nuclear sea suficiente para destruirlo o desviar su trayectoria.

Las autoridades mundiales piden calma y tranquilidad, aseguran que ahora es fundamental no dejarse arrastrar por miedos infundados.»

Taj e Iravan se miraron, sabían que había llegado la hora, los políticos sólo trataban de evitar revueltas populares antes del impacto. Ningun arma nuclear podría frenar al NT27 y sus noventa y seis kilómetros por segundo de velocidad, ningún arma nuclear sería capaz de frenar a un meteorito que se confirma hoy que mide seis kilómetros de diámetro y cuya potencia de impacto era veinticinco veces superior que la que acabó con los dinosaurios en la tierra.

Como ejemplo ya teníamos muy reciente el impacto del Apophis en 2029, que con sólo 300 metros de diámetro causó una explosión equivalente a 20.000 bombas nucleares y eliminó de un plumazo a ciento cincuenta millones de personas en el continente Americano, además de causar catástrofes naturales que todavía sufrimos hoy en día, entre otras, el invierno al que sometió a la tierra duró como todos sabemos 350 años. Sólo África y todo el Oriente se salvaron de los daños directos aunque no de los indirectos. Lo que vino después fue muy duro, el hombre se ha recuperado a duras penas de esa catástrofe y de la hecatombe que trajo consigo a la tierra.

Yo, mientras leía todos aquellos titulares recordaba en esos momentos una profecía que había escrito en el siglo XVI otro de los “Homo Fîlius Adán”, Michel de Nôtre-Dame, que en su día escribió:

«Profecia 996, Centuria 1, Cuarteta 84

Profecía del Hercólubus

*La Luna oscurecida en profundas tinieblas, su hermano, el Sol, pasará a estar de color ferruginoso, el grande oculto largo tiempo tras las tinieblas, entibiará hierro en la presa sanguinolenta. El defecto luminoso dará lugar a los días de oscuridad, en los que el gran planeta Hercólubus dejará de estar escondido en las tinieblas estelares, para, después de más de 25.000 años, aparecer de nuevo y arrastrar con su masa de hierro magnetizado las Almas de los impíos muertos en esos días en que ya no brillarán las luminarias del cielo, arrastrándolas con él. Para nosotros, que comience de nuevo la ascensión espiritual para volver pronto a colonizar nuestro hábitat primario.*

Nostradamus»

El astro Hercólubus del que hablaba Nostradamus acababa de ser detectado ahora. Aunque ellos ya sabían, que la oportunidad que se le dio al hombre en el 2029 no se volvería a repetir, estaba escrito en su libro y ahora estaba claro que llevaba razón. Las señales se completaban y los días de la tierra estaban contados, Taj e Iravan tenían que actuar y rápido.

## Septiembre, mes de las armas y los refugios

### Planeta: Tierra

#### Año: 3203 (d.C.) Un mes después de la noticia

Los acontecimientos se habían precipitado, el homo sapiens no se había tomado la aterradora noticia haciendo honor a su adjetivo, o sea con calma e inteligencia. Muy al contrario, si en estado natural era un ser altamente depravado y peligroso, las nuevas circunstancias dieron un giro de tuerca más y se convirtió en verdaderamente temible.

En los treinta primeros días que siguieron a la noticia la venta de armas subió desmesuradamente. El noventa por ciento de la población ya disponía de al menos un arma en su casa, la obsesión por poseer un arma llegó a términos delirantes, sin duda influenciados por el temor al vandalismo y el caos que se podría avecinar llegado el momento. Así mismo, en ese mismo periodo de tiempo o algo más, se contrataron la construcción de miles de refugios nucleares en todo el mundo, como si lo que venía se pudiera evitar ocultándose bajo tierra; tantos se contrataron que era materialmente imposible su construcción en tan poco tiempo, pero aun así, la gente pagó por adelantado a inteligentes empresarios que creyeron ver en esto el negocio de sus, por otro lado, cortísimas vidas.

Los hubo con más dinero que reservaron plaza en los hoteles de la luna, como si pasado el momento tuvieran alguna posibilidad de volver o seguir viviendo allí. Precisamente esta idea fue la que reactivó los planes de conquista de la luna en los años anteriores a la llegada del Apophis y a los primeros encuentros de la tierra con el NT27.

Las personas acaudaladas y poderosas del mundo, las que de verdad mueven los hilos a espaldas del ciudadano de a pie, precursaron de nuevo la idea abandonada en mil novecientos setenta de la conquista de la luna, tanto es así que poco antes de este nuevo empujón se había trabajado mucho más en crear laboratorios espaciales a mitad de camino entre la luna y la tierra, pero sin duda esas personas que creen que no morirán nunca con su dinero apilado, llegaron a la conclusión de que eso no les serviría como escapatoria en caso de una catástrofe de estas dimensiones. Así que desde el 16 de Julio de 1969, fecha en que el Apolo 11 se posó en el satélite, hasta los descubrimientos en 2002 y 2004 del peligro de que dos asteroides de grandes dimensiones pudieran estrellarse sobre la tierra, nadie volvió a preocuparse de que la luna estaba allí. Sin embargo a partir de dos mil nueve, en previsión de que acabara impactando alguno de ellos sobre la tierra, se aceleraron secretamente los planes de colonización de la luna, que sin embargo no llegaron a tiempo para la catástrofe del 2029 con la hecatombe del Apophis o asteroide 2004MN4.

Así acabó el primer mes, sin muchos más acontecimientos dignos de mención salvo que los malos fueron mucho más malos y los buenos quisieron ser mucho más buenos. Las noticias eran continuadas y dirigidas a tranquilizar a las masas en un intento de aplacar el paroxismo de ver cerca su fin.

## Octubre, mes de las religiones

### Planeta: Tierra

#### Año 3203 (d.C.) Dos meses después de la noticia

El mes siguiente fue el mes de las religiones, todas, absolutamente todas ganaron en adeptos, y lo peor, también ganaron en fanatismo.

Las iglesias cristianas estaban constantemente llenas a rebosar, la gente quería expiar pronto sus pecados e irse limpios al reino de los cielos, las mezquitas y las sinagogas estaban lo mismo. Muy poca gente se mantuvo en confirmar su ateísmo, cuando el miedo atenaza el alma quien realmente gana es la religión. Hasta los agnósticos empezaron a preferir pensar que era posible la existencia de un dios que les salvase a ellos también que anclarse en sus férreas ideas. Las religiones eran en esos momentos un mal menor en la tierra, siempre habían tenido un poder sedante en estos casos y la habilidad de tranquilizar a los corderos antes de llegar al matadero. Para esto casi todas prometían una segunda vida en el cielo, donde además todos los que cumplieran sus preceptos serían poseedores de todo lo que habían carecido en la tierra. La promesa de una vida superior tras una muerte segura había sido desde siempre la mejor arma para captar adeptos a la causa, y qué mejor momento que éste. Si el meteorito destruía la tierra nada tenían que perder, si por el contrario el meteorito no llegaba a impactar, la religión sería la auténtica triunfadora al haber calmado las iras divinas y haber logrado el perdón momentáneo para el hombre. De ambas formas ganaban, como siempre habían hecho a lo largo del tiempo. El secreto real de todas las religiones era ese precisamente, estar siempre en los dos bandos, tener siempre las dos soluciones, no dar nada tangible en la tierra y prometerlo todo en el paraíso y de eso se trataba ahora más que nunca, de prometerlo todo, ya habría tiempo de recoger la cosecha más adelante si no se confirmaba lo peor. Si todo se hubiese quedado en eso las religiones habrían cumplido con lo previsto en mayor o menor medida, pero por desgracia en las religiones hay fanáticos y el fanatismo es lo peor en la religión, el fanatismo lo trastoca todo, busca enemigos a los que culpar donde no los hay, elimina sospechas y sospechosos, caza las almas por medio del miedo y la sinrazón. El fanatismo fue el que empezó a mover los hilos para buscar culpables por la llegada de Hercólubus (como llamó al meteorito Nostradamus). Había que culpar a alguien y rápido, y en este caso y por una única vez en la historia, todas las religiones se pusieron de acuerdo y nombraron por unanimidad a Torre Serena como culpable de todo, la provocación a Dios con aquella obra monstruosa era la culpable del castigo divino. A veces se buscan los culpables más extraños para intentar salvarse de sus propios pecados.

Los fanáticos ataron cabos, buscaron en sus recuerdos ancestrales y dieron explicación a todos sus males. Se dijeron, ya ha pasado antes, ya antes el hombre quiso llegar al cielo con la construcción de la Torre de Babel y Dios lo castigó, pero esta vez había ido mucho más lejos. El hombre se había atrevido a actuar como un dios y a levantar de la nada una torre cuyas dimensiones eran físicamente imposibles, una torre que creció por obra del mismo Satán a los ojos de todo el mundo, sin material alguno y sin obrero alguno. El pecado del hombre había sido mucho mayor y por tanto el castigo iba a ser definitivo.

En cada una de las iglesias, mezquitas, sinagogas y demás templos religiosos, la proclama de aquellos días era siempre la misma. Debemos eliminar cuanto antes aquella abominación y con ella hay que eliminar a los doce apóstoles de Satán, esa parecía que se había convertido en la única manera posible de salvación para el resto del mundo.

El Salmo de moda era el siguiente:

*«Del sagrado libro del Apocalipsis, del versículo 21 al 24*

21 Un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo:

*Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad y nunca más será hallada.*

22 Voz de arpistas, músicos, flautistas y trompetistas no se oirá más de ti. Ni se hallará más en ti artífice de oficio alguno, ni ruido de molinos se oirá más en ti.

23 Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y esposa se oirá más en ti, porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra y por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.

24 En ella se halló la sangre de los profetas y de los santos y de todos los que han sido muertos en la tierra».

Al grito de este salmo miles y miles de personas se dirigieron en peregrinación a la torre malvada, sus pocos habitantes o habían huido o habían comenzado a intentar su demolición empujados por las habladurías y el miedo a que los culparan por el mismo motivo que a los lunáticos.

Se hicieron actos de exorcismo para eliminar del entorno de Torre Serena a los ángeles del príncipe de las tinieblas y para evitar posibles maleficios a los salvadores de la tierra. Se arrasaron sus jardines y todas las selvas colindantes se quemaron para ser purificadas. Todo lo que fueron sacando de Torre Serena se fue esparciendo por el terreno colindante y miles de autoridades religiosas de todas las religiones, armados con sus herramientas más temibles, la verborrea barata, el agua bendita, la cruz, la Biblia, la Tora, el Corán y otras muchas, pateaban y bendecían el terreno que iban pisando para arrancar de él al maligno. La torre de Babel se quedó bastante corta en cuanto a idiomas se refiere, la variedad de homo sapiens representados en aquel aquelarre universal era tremenda. El nombre de Satán se pudo oír en todas sus formas posibles:

«Abraxas, Añá, Atroce, Andariel, Asmodeo, Alastor, Astaroth, Azazel, Baal, Bahamut, Baphometh, Beelzebub, Belcebú, Belfegor, Belial, Beqa, Cassiel, Chamuco, Cojuelo, Demonio, Diablo, Don Sata, Don Ajimas, El Carecabra, El Chamuco, El Cola de flecha, El coludo, El Cornudo, El Malo, El Mandinga, El Patas, El Patecabra, El Pisuicas, Ezrelaide, Gualicho, Guayota, Hunnyxichi, Iblís, Isabo, Kisín, Legión, Leviatán, Lilith, Lucifer, Luzbel, Maligno, Mambo, Mastema, Mefistófeles, Molroth, Morthy, Phectus, Plutón, Príncipe de las Tinieblas, Príncipe de los Demonios, Ragnaroz, Rigo, Samael, Satanachia, Satuco, Voland, Wekufe, Zabulón, Zeth.»

E incluso sus formas más antiguas y ancestrales:

«Abadón, Apolión, Azazel, Diábolos, Satâna, Shatán, y Ha−shatán.»

Pero la cosa empezó a complicarse desde un principio, destruirla parece que iba a ser arduamente difícil; lo que se construyó con amor no se derriba con odio tan fácilmente; la torre se resistía a bajar de su altura, acabaron fácilmente con todo lo superpuesto, con sus jardines, sus enseres, sus ajuares, pero la resistencia de la torre a ser destruida fue verdaderamente poco explicable y dio alas a las multitudes a reafirmar sus creencias. Cada trozo que conseguían quitar de la torre, cada martillazo que le daban se volvía a reconstruir. Los nanos seguían haciendo el trabajo para el que fueron creados, y como las termitas en su termitero que recolocan de nuevo cada grano de arena derrumbado en una catástrofe, los nanos recolocaban o regeneraban cada parte dañada en breves segundos.

El gentío bajaba cada día con espuertas de silicio partido de las paredes de la torre, y cada noche el silicio bajado era reabsorbido y puesto en su sitio por los nanobots, en su trabajo sin fin.

Aquella lucha incruenta, Sapiens−Máquina, tuvo su fin cuando un mes después comprendieron que sólo una bombas nuclear sería capaz de destruir aquella diabólica obra, y sólo temporalmente. Guardaron crucifijo, biblia, Tora y Corán y se dieron media vuelta en busca de los culpables primarios y verdaderos de esa obra, ellos pagarían por esta derrota.

##